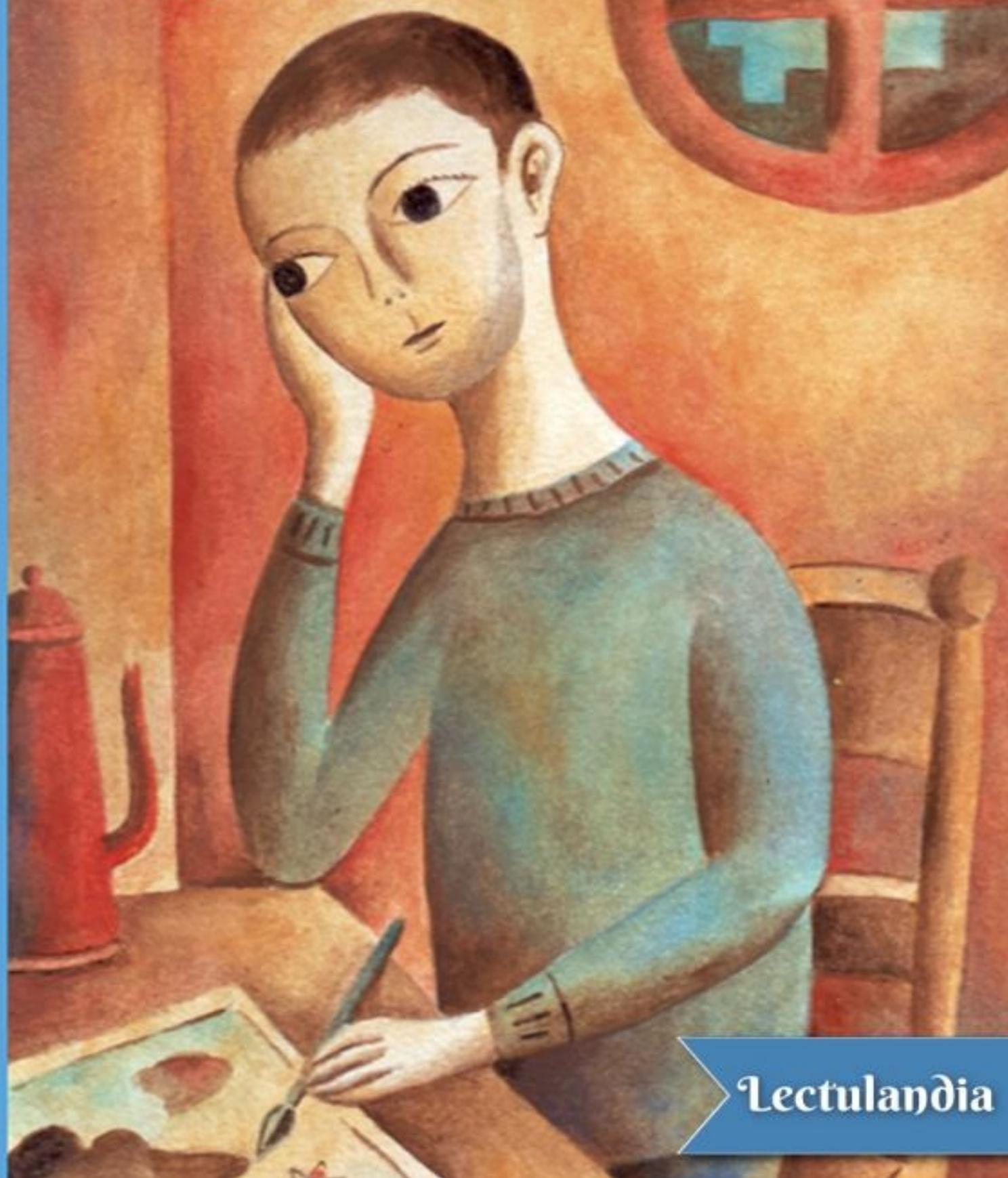


Desde el ojo del pez

Pablo De Santis



Lectulandia

Max viaja a Buenos Aires para estudiar una carrera. Sin embargo, el verdadero motivo que lo mueve es buscar a Teresa, de quien está enamorado. Al llegar, se instala en un cuarto barato, cuya ventana le recuerda al ojo de un pez, desde donde observa a la ciudad. Finalmente se anima a zambullirse en ella, y sale a buscar trabajo. Allí encuentra gente nueva, conoce el amor y se sumerge en otra realidad que no tiene mucho que ver con su sueño, pero que, tal vez, termine aproximándose a él.

Lectulandia

Pablo de Santis

Desde el ojo del pez

ePub r1.0
lenny 30.10.15

Título original: *Desde el ojo del pez*
Pablo de Santis, 1991
Ilustración de cubierta: Max Cachimba
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Lili

1

Llegué a Buenos Aires a los 17, a punto de cumplir 18. Tengo 21. Lo que voy a contar pasó hace tres años. Actualmente no veo las cosas como las veía en ese momento. No digo esto porque ahora entienda mejor. En absoluto. Con el tiempo uno va comprendiendo cada vez menos de todo, y si dejo pasar un poco más, ya no voy a entender nada.

Al principio vivía en una pensión. Tenía que compartir el cuarto con otro, que tenía un par de años más que yo. No me acuerdo cómo se llamaba. Llevaba la cabeza rapada y estaba siempre meditando. Era de una secta teosófica. Eso era lo que él decía, al menos. Me hablaba día y noche tratando de convencerme para que entrara en la secta. Por ejemplo, yo entraba al cuarto a las tres de la mañana, muerto de sueño, tratando de no hacer ruido, y cuando creía que lo había conseguido, él giraba la cabeza hacia mí, perfectamente despierto.

—¿Pensaste —me decía— en qué grande es el universo y qué pequeños nosotros? Pero nosotros también podemos ser grandes.

A veces yo simulaba dormir. Pero él me despertaba con un *gong*.

La armonía del universo era su tema favorito. Podía hablar durante horas. Pero a mí no me importaba más que la armonía de mi cuarto, y no había modo de conseguirla.

Él me decía que en alguna vida anterior yo había sido alguien acostumbrado a largas, muy largas esperas. Y que por eso ahora estaba tan impaciente.

En eso tenía razón. Yo tenía encima toda la impaciencia del mundo.

La pensión no era para mí. Pero tampoco podía alquilar un departamento. Conseguí la dirección de un edificio en donde, me dijeron, alquilaban cuartos muy baratos y sin contrato.

Fui a ver el edificio. Era en la calle Paraná, a media cuadra de Corrientes.

Me recibió la portera. No estaba muy preocupada por que el cuarto se alquilara o no.

—Este edificio tiene muchos inconvenientes. Por suerte, lo van a demoler —dijo, como para entusiasmarme.

—¿Cuándo?

—No se sabe. Seguramente muy pronto. No da para más.

Hice el ademán de abrir el ascensor. Era muy antiguo, de hierro negro, con un pequeño espejo cubierto de polvo.

—No se moleste. No funciona.

—¿Se rompió hace poco?

—Sí. Tres años.

Subimos por una escalera de mármol. Los escalones estaban gastados en el

centro. A medida que pasábamos por los pisos, el edificio parecía más desierto. Como si yo fuera a ser el único habitante.

Llegamos al sexto piso, el último. La portera tuvo que detenerse un segundo para recuperar la respiración.

Abrió la puerta de uno de los cuartos. Estaba vacío.

Había burbujas de humedad en las paredes descascaradas. Me bastó una mirada para sospechar goteras. La portera dijo una cifra.

—No soy la dueña. No puedo regatear. Lo toma o lo deja.

Me acordé de mi ex compañero de pieza, de los horarios de la pensión, de las largas conferencias sobre la armonía del universo.

—Lo tomo —dije.

Al día siguiente golpeé en el departamento de la portera para que me diera las llaves. Le pagué lo que habíamos arreglado.

—No es un departamento demasiado cómodo, pero le viene bien a un estudiante como usted. ¿Porque usted estudia, no?

Me gustaba que me tratara de usted. Pensé que a lo mejor mi cara había cambiado en los últimos días, imponiendo un poco más de respeto.

—Todavía no, acabo de llegar a la ciudad. Pero pronto voy a entrar en la facultad.

—¿Viene de lejos?

—De Córdoba.

—Me pareció, por el acento.

Apreté las llaves en la mano. Había esperado mucho el momento de tener por primera vez un cuarto propio (un «departamento» como llamaba pomposamente la portera a esas cuatro paredes descascaradas). Era una ceremonia un poco triste esa entrega de llaves en comparación con lo importante que era para mí tener la habitación.

Subí enseguida, aunque no tenía nada que hacer arriba. Encendí la luz: era una lamparita de poco voltaje y tendría que cambiarla.

Me gustaba que el edificio estuviera tan cerca de Corrientes. Había mucho ruido, pero yo estaba solo en la ciudad (fuera de algunos nombres anotados en la agenda, números telefónicos a los que nunca llamaría) y entonces era bueno estar cerca de toda esa gente.

Compré un colchón y llevé mis cosas al cuarto: apenas unos libros y una valija con ropa. En los días siguientes fui colgando mapas en las paredes.

En una caja de madera empecé a guardar piezas metálicas que encontraba en la calle: tornillos, clavos, pedazos de herramientas, caños rotos, toda clase de fragmentos de cosas oxidadas. Algo así como una colección.

Me gustaba mirar mi ventana desde la calle: con sus tejas grises parecidas a escamas, era como el ojo de un pez.

2

En mi primera mañana en el edificio golpeó a mi puerta un compañero de piso. Al principio no le vi la cara: a sus espaldas había un alto ventanal que, a pesar de que no lo limpiaban desde hacía años, llenaba el pasillo de luz. Me tendió la mano.

—Me llamo Marquitos. Bah, Marcos, pero todos me dicen...

—Max —dije.

—Ah, Maximiliano.

—Sí.

En realidad mi verdadero nombre era Máximo. Yo jamás comprendí cómo mis padres pudieron llegar a ponerme un nombre tan horrible. Sé que era su primer hijo, y yo entiendo los apuros, la preocupación de los padres primerizos en los momentos siguientes al nacimiento, pero aun así... ¿por qué Máximo? ¿Por qué habiendo más de tres mil nombres se les tenía que haber ocurrido justamente ése? Ni siquiera había algún abuelo que se llamara así. Había salido de sus propias cabezas.

Por eso me hacía llamar Max, y si alguien preguntaba mi nombre verdadero, decía: Maximiliano. En memoria del emperador de México.

Lo invité a pasar. Era alto y muy flaco; llevaba grandes anteojos de armazón metálico y un pulóver rojo con pocos agujeros para ser una red pero demasiados para seguir siendo un pulóver.

Como no sabíamos qué decirnos le pedí que me contara algo del edificio.

—Es todo un desastre. Las cañerías pierden agua, el ascensor no funciona. Cuando se rompe algo nadie lo arregla. Total, lo van a tirar abajo en poco tiempo.

—¿Hay alguien más además de nosotros?

—Hay una chica que se llama Verónica, que vive en el segundo, y un par de parejas que ya se están por ir. Mucha gente entra y sale, alquila por tres meses y se va. Yo hace ya tres años que vivo acá, y sé que todo el mundo se va, tarde o temprano. En cuanto empezás a hacerte amigo de alguien se hace humo a los pocos días sin avisar. Cuando llegué había mucha gente, talleres de pintura, grupos de teatro que alquilaban piezas baratas para ensayar, y hasta el ascensor funcionaba. Pero vino rápido la decadencia.

—¿Y cuándo van a tirar abajo el edificio?

—No se sabe, siempre postergan la fecha, por suerte. Un día vamos a sentir que todo se sacude y vamos a tener el tiempo justo para salir volando antes que las topadoras lo tiren abajo.

Había llegado a Buenos Aires para estudiar geografía. Al menos esa era la versión que le había dado a mis padres.

Estaba dispuesto a estudiar, sí, pero la verdadera razón de mi viaje era una chica que había conocido. Decir que la había conocido es demasiado, porque nunca había

hablado con ella.

La vi y me enamoré. Sé que suena un poco ridículo. A mí también me suena así ahora. En aquel momento también me parecía profundamente ridículo. Pero yo sentía que me había enamorado y que tenía que ir a buscarla.

Se llamaba Teresa. Me gustaba el nombre, porque sonaba un poco anticuado, y me encantan las cosas que están fuera de época. Como los monopatines, en lugar de los skates, o los cines de barrio en lugar de los videos.

Yo sabía que ella había viajado a Buenos Aires. No tenía su dirección; solamente estaba seguro de que estudiaba arquitectura porque una amiga me había pasado el dato antes de que yo viajara.

Una tarde le conté a Marquitos mi historia, mientras tomábamos un poco de ginebra que él había comprado.

—¿Eran novios?

—No.

—¿Amigos?

—No.

—¿Entonces?

—Nunca cruzamos una palabra. Pero tengo que encontrarla. Ah, y es pelirroja. — No se animó a decirme nada. Me veía muy convencido.

Elegí geografía porque me gustaba mirar mapas. Supongo que habría que encontrar razones más fuertes para hacer las cosas, pero ese fue siempre mi problema. Es decir: lo que para mí era una buena razón, para los demás no era, generalmente, nada.

Si yo le hubiera planteado a mis padres que iba a Buenos Aires solamente para ver a una chica que conocía sólo de vista me habrían preguntado ¿por eso? en un tono sumamente extrañado.

No hubiera sabido qué contestarles.

Por eso, para hacer cualquier cosa conviene inventarse unas cuantas razones adecuadas a las circunstancias. Con tres o cuatro para cada caso es suficiente.

Marquitos a su vez me contó su historia.

—Mi viejo es médico, mi familia vive en Flores. Querían que estudiara Medicina. Fui un año a la facultad. Cuando entré a la morgue no me descompuse. Pero un día miré un libro con una lámina del cerebro y ahí sí sentí que me desmayaba.

—¿Por qué por una lámina y no por la morgue?

—No sé. A lo mejor me impresionan más las cosas dibujadas que las reales. Pero no volví a entrar en la facultad. Quería hacer música. Ahora tengo un grupo de rock y gano unos pesos como cadete.

—¿Qué tocan?

—*Heavy*. El grupo se llama «Asesinatos masivos de ancianos a la luz de la luna».

Un poco largo, pero impacta, ¿no?

—Sí —dije.

Me trajo un casete para que escuchara. Lo más agradable era el momento en que afinaban los instrumentos.

—A lo mejor tienen éxito —le dije, devolviéndole el casete.

Se lo decía sinceramente. Yo estaba seguro de que todas las cosas suficientemente horribles acaban por alcanzar el éxito.

3

Tres días después de mi llegada al edificio tuve mi primer día de facultad.

La primera clase, en la que seguramente habían explicado todo lo que era importante, no pude ir, porque estuve perdido por los pisos buscando el aula.

Me fijaba en el número de la sala en una cartelera. Pero apenas empezaba a preguntar dónde quedaba, se me olvidaba el número.

Me extrañó que el edificio de la facultad estuviera casi vacío. Me imaginaba las aulas llenas de gente. Yo tenía una idea de la facultad de Filosofía y Letras bastante parecida al centro del mundo. Por suerte, me duró solamente un par de horas.

Trataba de estar entusiasmado. Era el primer día, y se supone que, al menos al principio, uno se entusiasma con todas las cosas.

Me gustaba la geografía por los mapas, creo que ya lo dije. Me gustaban las evocaciones que me traían los nombres de las ciudades asiáticas o africanas. Los nombres de los desiertos y los lagos gigantes. Miraba el globo terráqueo para imaginar viajes. Hojeaba siempre las viejas revistas del *National Geographic* que me había dado mi abuelo.

La geografía era para mí una serie de nombres que sonaban muy bien en la cabeza, como una música.

También me apasionaban las páginas de la enciclopedia *Lo sé todo* que leía cuando era chico. Episodios de la historia de Roma, el cultivo del algodón, las abejas, Napoleón, China, la caída de Troya, páginas de la Biblia, todo mezclado. Pero lo que más me impresionaban eran los artículos sobre países lejanos. Podía quedarme horas pensando en la China, la India, el Himalaya, Japón.

Todo eso era lo que yo entendía por geografía. Pero a la media hora de clase comprendí que de alguna manera, en algún momento, yo había cometido un error.

Hablaban de técnicas cartográficas, de isobaras, de paralelos.

¡La geografía entonces era una ciencia!

Igual me prometí tratar de encontrarle algún encanto. Suponía que detrás de todas las complicaciones, tenían que estar también los países, hasta los lejanos.

Marquitos me presentó a Verónica, la chica que vivía en el segundo. Era realmente linda, a pesar de no ser pelirroja. Tenía el pelo negro y los labios gruesos y rojos, y eso me gustaba. Me pregunté si no me haría olvidar a Teresa. ¿Pero cómo iba a poder olvidarla, si ni siquiera la conocía lo suficiente como para acordarme de ella?

Nuestro primer encuentro fue algo breve. Marquitos nos presentó formalmente y estuvimos los tres mirándonos como tarados, sin saber qué decir, como ocurre en ese tipo de presentaciones.

Tres horas más tarde alguien golpeó a la puerta de mi habitación.

—Hay una canilla que pierde —me dijo ella—. No puedo cerrarla.

Bajamos hasta el segundo. Parecía tener algún tipo de interés en mí; por lo menos me preguntó de dónde venía y ese tipo de cosas. Como no conocía a nadie en la ciudad, la menor muestra de interés podía llegar a emocionarme.

La cañería nunca fue mi especialidad. En una época había tenido la idea de estudiar plomería. Me parecía que quedaba muy bien ser un meritorio muchacho de clase media que para no ser mantenido por sus padres dedicaba su tiempo libre a aprender algún oficio. Pero del industrial prácticamente me habían echado por inútil y la sola idea de trabajar bastaba para deprimirme. Así que había renunciado a ser un meritorio muchacho de clase media para ser un vago más.

El mundo está hecho de tal manera que es más fácil desarmar las cosas que armarlas. Esa es otra de las cosas que aprendí en el industrial. Por supuesto desarmé la canilla rápidamente, olvidando controlar que la llave de paso estuviera cerrada. Enseguida salió un formidable chorro de agua helada que me empapó. Empecé a tiritar. Traté de tapar el chorro como pude, pero las piezas que había sacado de la canilla se me mezclaban. Verónica me miraba sin saber muy bien qué hacer. Me alcanzó una toalla. «Se va a inundar la casa», me alertó, como si yo, que estaba bajo el chorro de agua, no me hubiera dado cuenta de que algo andaba mal. No estaba nervioso, casi me había resignado al desastre.

Por suerte llegó Marquitos, encontró la llave de paso correcta, la cerró y después armó la canilla.

Como sé reconocer cuando mi actuación no está a la altura de las circunstancias, dije algo en voz baja y subí a mi cuarto.

Cada vez que había algo que no me salía bien, renacía mi pasión por Teresa.

Era un amor un poco abstracto, porque no la había visto más de tres veces, y apenas si recordaba nítidamente la última vez.

Tenía una sola pista, y ella me llevaba a la facultad de Arquitectura. Elegí mi día sin clases para tratar de encontrarla. Un miércoles.

Tomé un colectivo hasta la Ciudad Universitaria. No esperaba encontrarla enseguida como por arte de magia, sino que estaba dispuesto a que aquello fuera una especie de investigación.

En las situaciones adversas actúo bastante mejor que cuando no hay problemas. Porque cuando las cosas son fáciles, termino complicándolas invariablemente. Pero cuando los problemas existían antes de que yo llegara, ahí me sentía más tranquilo.

Pregunté en una oficina cuáles eran las materias de segundo año. Me dieron una lista. Tomé nota en una libretita. En la primera página había anotado: Caso T. En ese momento, según observé en la cartelera, estaban dictando dos de las materias de segundo año. Estuve en el bar mientras esperaba que terminaran las clases, comiendo un sándwich y tomando un licuado de banana. Para matar el tiempo leía por segunda o tercera vez *El retrato de Dorian Gray*.

Subrayaba mis frases favoritas: «Experiencia es el nombre que damos a nuestros errores». Me sentía un hombre cargado de experiencia.

Fui a la salida de la clase. Le pregunté a varias chicas si conocían a Teresa. Todas me contestaban que no. En el fondo me gustaba: me parecía que como Teresa ni yo conocíamos a esas chicas, se establecía entre nosotros una especie de familiaridad.

Yo esperaba encontrar a su amiga íntima, que no sólo me diera su teléfono sino que me arreglara una cita con ella.

Encontré a una rubia que pareció recordar.

—Conozco a una chica que la conoce, me parece. Se llama Silvia.

Me dio su número de teléfono. Lo anoté en mi libretita.

Al llegar al departamento encontré un mensaje de mi hermano Flavio. A través de su letra despareja y gigante me enteré de que acababa de llegar a Buenos Aires y que pasaría a las diez de la noche a buscarme para que comiéramos juntos.

«Tengo noticias que darte», anunciaba el papel. No decía si eran buenas o malas. Lo insulté en secreto por crearme esa ansiedad.

A las diez de la noche bajé para esperarlo. Nos saludamos con un abrazo. Hacía más de dos meses que no nos veíamos. Flavio es dos años menor y no nos parecemos físicamente en nada, aunque la gente siempre descubre de inmediato que somos hermanos. Es rubio y más alto que yo, lo cual siempre me resultó bastante amargante. ¿Por qué, teniendo dos años menos, tenía que medir cuatro centímetros más? Eso me parecía a todas luces una injusticia. De mis dos hermanas, Florencia, que en ese momento tenía 17 años, se parecía a él; la más chica, Marcela, que andaba por los 15, a mí.

Lo llevé hasta un bar muy angosto de Corrientes, que parecía fuera del tiempo y tenía en el fondo un *jukebox*. Una mujer con vestido de piel de leopardo se dedicaba a flagelar a la concurrencia con la repetición de un tema de Julio Iglesias. Mi hermano acomodó en una silla su bolso. Vi que tenía una revista de ciencias ocultas. Siempre le habían gustado esos temas.

—¿Seguís con esas cosas?

—Hice un curso de control mental. Falta poco para que termine, pero ya puedo hacer algunas pruebas.

Encendió un cigarrillo.

—¿Qué vas a hacer?

—Mirá. No siento ningún dolor.

Se lo pasó por el dorso de la mano. Yo esperaba que diera un alarido, pero ni siquiera hizo un gesto de dolor. El truco funcionaba.

—Ahora dame tu mano.

—Estás loco. —Puse las manos debajo de la mesa.

—No tengas miedo. Te paso la energía a vos y tampoco te quemás.

—No, gracias. Dejémoslo para otro día.

—Ya lo hice y sé que funciona. Se lo hice a mamá y no dijo nada.

No pudo convencerme, y pasamos a otro tema. En el resto de la noche no propuso clavarme alfileres ni hacerme caminar sobre brasas ardientes ni ninguna otra prueba

instructiva.

Como siempre que nos reuníamos después de un tiempo sin vernos nos pusimos a hablar de viejas series de televisión. Casi a modo de contraseña comentábamos capítulos de *Los locos Addams*, *Los vengadores* o *Dimensión desconocida*, diciendo siempre las mismas cosas.

Salimos del bar y buscamos una pizzería.

—Me escribiste que tenías que avisarme algo.

—Ah, sí. La constructora de papá quebró.

—¿Quebró? Eso quiere decir...

—Qué está sin trabajo.

Mi primer pensamiento fue de una notable generosidad hacia mí. «Se acabó la cuota mensual. Voy a tener que trabajar.»

—El mes que viene vas a recibir el último pago. Y si no cambian las cosas vas a tener que trabajar.

A Flavio no le parecía algo demasiado dramático. Se extrañó de que yo quedara impresionado. Se preocupaba por la telequinesis, por la hipnosis, por la gente que había regresado de la muerte y se dedicaba a contarlo, por las reencarnaciones, por los antiguos ritos tibetanos y egipcios, pero los problemas cotidianos le parecían estar fuera de su alcance, como un idioma extranjero. La realidad no estaba hecha para él.

Mi padre había trabajado hasta ese momento como ingeniero de una empresa constructora. Era bueno y conseguiría ubicación pronto, pero hasta el momento...

—No te preocupes —dijo Flavio—, no nos vamos a morir de hambre. Hay ahorros para un tiempo. Pero no sé si voy a poder seguir con el curso de control mental.

Distraídamente se pasó la brasa del cigarrillo por el dorso de la mano.

Flavio se trajo la bolsa de dormir, así que pasó la noche en mi casa, o en aquello a lo que aproximadamente podía llamar mi casa. Como era el huésped, le dejé la cama y yo dormí en el piso de madera. Me desperté con la espalda deshecha.

A la mañana nos despedimos. Él iba a pasar un día más en lo de un amigo y después regresaría a Córdoba.

Miré la ciudad por la ventana con forma de ojo de pez. Se la veía distinta. No es lo mismo una ciudad a la que uno viene a estudiar que un lugar en donde uno tiene que trabajar. Parecía más dura y más cerrada. Y se acercaba el otoño.

Las cosas no pasan prolijamente. Siempre están mezcladas. Para contarlas uno tiene que ordenar un poco. Pero conviene no olvidar que uno las vivió en confusión.

Le pedí a Marquitos, por esos mismos días, que me dijera en dónde podía trabajar. Los avisos del diario no me daban resultado. Llegaba tarde, había que hacer cola, se presentaban sesenta personas para un puesto de cadete. Por lo menos Marquitos tenía familiares en la ciudad. A lo mejor alguno necesitaba un empleado.

—¿Qué sabés hacer? —me preguntó.

Era una pregunta de las que me ponen en aprietos. Pensé en cuál de mis habilidades podría servir para trabajar. En toda mi vida había aprendido tres cosas: una de ellas era hacer barcos en el interior de botellas. Me había enseñado un amigo, durante unas vacaciones. Su padre era alcohólico, pero el hijo tenía una filosofía muy particular: hay que aprovechar hasta los infortunios. La segunda era jugar al ajedrez (era bueno en el ataque), y la tercera era la velocidad con que resolvía crucigramas y juegos de ingenio.

—¿Sabés escribir a máquina?

—Bueno, si practico un poco.

—¿Eléctrica?

—Creo que de cadete iría bien.

—¿Tenés el servicio militar?

—Número bajo.

—¿Y registro para manejar?

—Ah, no, le tengo terror a los autos.

Marquitos parecía decepcionado.

—Voy a ver qué puedo hacer —dijo.

Esa noche busqué un teléfono público. Después de recorrer media ciudad encontré uno que funcionaba. Llamé a la chica de la facultad. Me atendió la madre y me pasó con Silvia. Le pregunté por Teresa, pero ella desvió la conversación, y

hablamos vaguedades. Después insistí.

—Vive con una amiga y no tiene teléfono. No te puedo decir la dirección porque no te conozco.

—Pero soy amigo. La conozco de Córdoba.

—Si fueras muy amigo tendrías la dirección.

—La perdí.

Seguimos hablando un rato. No podía sacarle ningún dato y se me estaba por terminar el tiempo. Acabé invitándola al cine. Era un paso arriesgado, pero mi investigación tenía que seguir de alguna manera.

Quedamos en encontrarnos en un bar. Ella me reconocería por mi libro de cabecera. Yo, porque ella iba a llevar un moño negro en la cabeza.

Fui al bar de Lavalle a la hora indicada. Estaba justo enfrente del cine. Ella había elegido una película romántica, *Enamorados*, o algo así. Rogaba que cambiara de idea. A mí siempre me gustaron las de terror.

Me puse a mirar si entraba alguna chica con un moño negro. Conté veinticinco. Justo estaba de moda. Había puesto el libro sobre la mesa en forma casi tan ostensible como si estuviera en venta.

Finalmente apareció. Era bonita, por suerte. Un poco más alta que yo y con algunos reflejos violetas. Parecía una punk indecisa. Yo era tan excesivamente formal para vestir que pensé que no congeniaríamos muy bien.

—Qué casualidad —dijo, mirando el libro. Mi familia vive en Wilde.

Yo tenía la página del diario con las películas.

—¿Vamos a ir a ver *Enamorados*? —pregunté, con tono poco entusiasmado.

—No, te dije eso para que no te asustaras. Prefiero ver *Violación en el colegio de monjas*.

—No creo que sea muy buena.

—Me gustan esas películas. Vamos.

Pasamos frente a varias salas enormes para llegar a un cine diminuto, que olía a humedad. Sacamos las entradas. El cine estaba casi vacío. Un borracho se nos sentó al lado y tuvimos que mudarnos. Quiso seguirnos, pero lo perdimos cuando apagaron la luz.

Había traído una caja de maní con chocolate. Ella sacó de su cartera una botella de cerveza.

—Me gusta este cine porque puedo ponerme cómoda —dijo.

La película tenía una trama un poco repetitiva. En un colegio de monjas se sucedían las violaciones a las alumnas. Eran 17 casos, más o menos. Eso no alteraba la continuación del ciclo lectivo.

A ella la película le parecía muy cómica. Estaba muerta de risa.

A la salida fuimos a un bar. Como al pasar, le pedí la dirección de Teresa.

—No quisiera pensar que me invitaste a salir solamente porque querías pedirme los datos de esa chica. Sería de pésimo gusto.

Había marcado la palabra «pésimo».

—No, solamente me acordé de repente.

—Ah —dijo, y pidió un cognac. Pedí otro para mí aunque nunca tomaba, excepto algunos tragos de la botella de Marquitos. Era hora de empezar.

Estuve todo un mes saliendo con Silvia. No nos entendíamos demasiado bien, pero eso hacía que estuviéramos juntos. Nos veíamos dos veces por semana. Ella se quedaba a dormir en mi cuarto. Éramos como dos personas que hablaran diferentes idiomas. El día que nos entendimos a la perfección, todo terminó. Dicen que el problema de las parejas es la falta de comunicación. Yo creo todo lo contrario.

Como soy un poco débil de carácter frente a las mujeres, me dejé guiar por ella a los peores cines de Buenos Aires para ver las películas más espantosas. Antes de conocerla no me gustaba la ciudad. Después aprendí que podía ser todavía peor.

Silvia estudiaba danza, y se movía entre gente que necesariamente hacía teatro o bailaba, o hacía mimo y todo ese tipo de cosas. Un domingo horrible fuimos a ver una obra en donde trabajaba una amiga de ella. Había cinco personas en las butacas y siete sobre el escenario. Me parecía una desproporción.

—¿Estás segura de que la obra no pasa acá, en las butacas? —le pregunté.

—No, callate.

Era una versión de Frankenstein. Pero Frankenstein era una especie de vedette venida a menos.

—¿Esa es tu amiga?

—Sí.

—Actúa realmente mal.

—Callate. No es el Frankenstein tradicional. Es una relectura.

La bella que hacía de la bestia tenía un affaire con el doctor Frankenstein. Terminaban viviendo juntos.

La obra terminó. Pensé que dada la escasa concurrencia, el aplauso sería reemplazado por un apretón de manos, que siempre es más íntimo, pero no fue así.

Esa misma noche dejamos de vernos. Fue un corte poco dramático. Ella me dijo que le parecía que no teníamos mucho en común. Yo opiné que estaba de acuerdo. Era bueno coincidir en algo.

Como no tenía nada que perder, le pedí la dirección de Teresa.

—¿Quién es?

—¿Cómo quién es? La chica por la que te llamé aquella vez. Se supone que es tu amiga.

—Ah, no la conocía. Pero me había gustado tu voz por teléfono y por eso te seguí la conversación. Después de todo, la pasamos bastante bien, ¿no?

Le dije que sí. La vi salir de mi cuarto. Me saludó desde la escalera.

Las despedidas siempre me ponían mal, y además, mi investigación había vuelto al principio.

Fui a la habitación de Marquitos. Le conté lo que me había pasado la noche

anterior. Solíamos conversar todos los días de lo que le pasaba a cada uno, mientras tomábamos mate.

—Te conseguí trabajo —dijo él entusiasmado, como para darme ánimos.

—¡Oh, no! Ahora no puedo. No estoy con ánimos.

—Pero si no saliste más que un mes con Silvia...

—Bueno, pero siempre una ruptura...

En realidad era la idea de trabajar lo que me deprimía.

—Mañana a las siete tenés una cita.

—¿De la tarde?

—No. Te presto una corbata. ¿Tenés saco?

—Sí. Prestame hilo y aguja.

—¿Un pantalón decente?

—Elijo el menos sucio. Si sabía me hubiera preparado. Esto me toma totalmente por sorpresa.

6

Mientras iba para mi cita de trabajo con la corbata tristemente anudada en el cuello, apretándome la garganta, me preguntaba por qué Marquitos no sería un amigo un poco menos considerado. ¿Por qué no se olvidó del pedido de trabajo? ¿Por qué se le había ocurrido hacer justamente esa clase de favor? Uno dice las cosas al pasar. No es para que todo el mundo se lo tome en serio.

Era un edificio de oficinas. Con esto quiero decir: era un edificio de lúgubres, grises, espantosas oficinas. No recuerdo cómo se llamaba la empresa (que, dicho sea de paso, era tan próspera como una firma que se dedicara a vender ascensores en el campo). Fabricaban cosas de metal. Piezas, quién sabe para qué. Tuve que llenar algunos formularios. Lo hacía con tanta lentitud que me pareció que me iban a echar antes de haber entrado. Los formularios eran conmovedores, porque demostraban un interés obsesivo en cosas de las que ni siquiera yo me acordaba.

Una secretaria que parecía sacada de los avisos de las escuelas de secretarias de los años 50 me recibió el formulario. Debí hacer algunas correcciones. Después me dijo «Vamos». Y fuimos.

«Al segundo subsuelo», le dijo ella al ascensorista. Trabajar en el primer subsuelo no debía ser muy excitante, pero en el segundo ya me parecía un abuso de profundidad.

La secretaria me explicó, mientras bajábamos, que mi trabajo consistiría en reemplazar a un empleado que habían echado. Pero él estaba todavía allí abajo.

Me lo presentó. «Merino», dijo. Me tendió la mano: tenía cerca de treinta y cinco años. Saco gris, camisa blanca, corbata azul, todo un poco gastado. Además, parecía haberse resignado a la pérdida de la juventud como un mal menor.

Yo esperaba gestos verdaderamente antipáticos, dada la incómoda situación. Pero no parecía ser así.

La oficina era amplia: un archivo lleno de carpetas polvorientas con legajos amarillos en su interior. El polvo me hacía toser.

—¿Alérgico?

—Un poco.

—¿Al polvo?

Empecé a enumerar las cosas a las que era alérgico. El polvo ocupaba el lugar trigésimo noveno.

Merino comenzó a explicarme qué parte correspondía a cada sección. Me costaba prestar atención. Todo me parecía igual.

Extendió toda una serie de papeles sobre el escritorio de madera. Parecía orgulloso de su trabajo. Era el abanderado de la Escuela de los Archivistas Olvidados.

—Como verás, no hay mucho por hacer acá abajo.

—¿Cuánto hace que está acá?

—Tres años.

—¿Tanto?

—Un abrir y cerrar de ojos. Los de arriba están convencidos de que acá el trabajo es terrible. Yo mientras tanto la paso bien. Lo único que hay que hacer es mantener ordenadas las cosas.

Hablaba como si estuviera en Hawai rodeado de odaliscas. Bueno, no de odaliscas, quiero decir: mujeres con flores, contoneándose, como en las estúpidas películas de Elvis Presley.

—¿Por qué lo echaron?

—Un día vino un tipo de arriba, Chinawsky, a hacerme lío por un expediente. Ya lo vas a conocer. Le tiré cinco carpetas en la cara. Trató de pegarme, pero me escondí detrás de aquel armario y aparecí con un matafuegos.

Como si yo no pudiera entender algo tan sencillo, fue hasta el matafuegos y lo puso en funcionamiento. Salió un chorro de espuma gris.

—Le dije que si volvía iba a matarlo. Salió corriendo y pidió mi despido.

—Todo un cobarde —dije, tratando de ganarme la confianza del peligroso Merino. Me pregunté si me habían dejado encerrado con un loco, a doce metros de profundidad.

Merino, aunque despedido, siguió trabajando unos días más. Era un despido extraño. Él me daba cosas para hacer, para que no me aburriera. Almorzábamos juntos en media hora y volvíamos al subsuelo. No había nada interesante ahí abajo. Facturas, viejos catálogos, cuentas de clientes muertos, perdidos, fugados, kilos de polvo almacenado para el porvenir.

Mientras estaba en el archivo me parecía que la vida estaba arriba, reservada para los otros, y yo abajo, sin gozar de nada, alejado de todo lo que valía la pena, escuchando las conspiraciones de un loco.

Yo lo veía trabajar con dedicación. Clasificaba papeles, llevaba carpetas de un estante a otro, repasaba planillas apolilladas.

—¿Para qué trabaja tanto, si ya lo despidieron? —le pregunté. Su cabeza asomó detrás de un armario de metal.

—No estoy trabajando. Desde que me enteré que me iban a despedir estoy desordenando todo. Pero todo, hasta el último papel. Voy a arruinar el trabajo de años. Para esta empresa el archivo es fundamental, aunque no lo sepan. Cuando estallen los problemas por mi culpa, entonces se van a acordar de mí, vas a ver.

Se acercó a mí. Sonreía con complicidad. Debía de tener muchas ganas de contarle a alguien su secreto.

—Lo único que te pido es que simules que acá no hay nada fuera de lugar, si no puedo tener problemas para cobrar mi indemnización. ¿Me vas a hacer el favor?

Dije que sí.

—Me estuvieron ignorando durante muchos años. Ahora van a saber quién soy.

¿Vos no harías lo mismo? ¿O te parece demasiado?

Le dije que no me parecía demasiado. Que estaba bien. Pensé: Merino y su discreta venganza.

Pude enterarme de varias cosas sobre su vida. Era soltero y vivía con su madre en un caserón, en Barracas. La casa tenía malvones en el patio, carpetitas sobre los muebles, caramelos en cajas de vidrio. Los juguetes, los cuadernos escolares, la ropa infantil de Merino guardados casi como en un museo.

No era una vida muy apasionante.

No le había hablado a nadie de su venganza. Ni a su madre. Estaba enamorado de su único acto de prolija, obsesiva e inútil rebeldía.

Felizmente se fue pronto. Me había cansado con sus conjeturas sobre las reacciones que tendrían los directivos de la empresa, a los que yo no conocía.

Cuando se fue, me dio un apretón de manos, prometió que volvería, y dijo «Te dejo esto», como si yo fuera el incómodo heredero de su conspiración.

Cada vez me era más difícil estudiar. No podía concentrarme. Me parecía que el estudio era algo pensado para personas reposadas, algo que se podía hacer, por ejemplo, después de los setenta años, pero que era insensato antes de los veinte.

Iba muy poco a la facultad. Tomaba una materia, la dejaba. Apenas conocía a otros estudiantes. La geografía que a mí me gustaba (y que era algo así como un ejercicio de exótica distracción) estaba cada vez más lejos.

Pensaba abandonar la carrera. Pero a punto de tomar la decisión imaginaba la cara de mi madre frente a la sintética frase «Voy a dejar la facultad». Eso me impulsaba a seguir.

Pasaba mucho tiempo deambulando por la ciudad. Cuando encontraba en el suelo cualquier pieza de metal oxidado, la guardaba en mi bolsillo para ubicarla en mi colección. «Alguna vez voy a hacer algo con toda esta chatarra», me decía. Entraba en las librerías de Avenida de Mayo y en las de Corrientes para revolver las mesas de oferta. Compraba muchos libros, aunque pocas veces los leía. «Para más adelante van a servir» me prometía. Había llenado el ropero de novelas baratas. Volví a leer a Julio Verne, como cuando tenía diez u once años. Compré todos los libros de Verne que encontré, como si mi infancia hubiera empezado de nuevo. También tenía en mi biblioteca las novelas de H. Rider Haggard, con sus aventuras en Oriente, personajes que se amaban a través de las reencarnaciones... A medida que leía había hecho una lista de lugares que quería conocer: El Cairo, el Himalaya, Machu Picchu, La Isla de Pascua, Roma, Atenas, Ulan Bator, Pekín, Bagdad...

Caminaba durante horas por las mismas calles, sin proponérmelo, como si en mi cabeza hubiera un plano que no pudiera traicionar. Me parecía que deambular me ayudaba a pensar. Pero mis ideas acerca de todo eran cada vez más embrolladas. Entraba en un bar, pedía un cortado, y me quedaba mirando a la gente, con la mente en blanco, o casi.

Me sentía un completo extraño en la ciudad. Y eso me gustaba.

Verónica golpeó a mi puerta.

—Tengo entradas para un recital —dijo—. Iba a ir con una amiga, pero no puede. ¿No querés acompañarme?

Abrí la puerta. Estaba casi lista. Maquillada y todo. Medias negras, una minifalda negra, una remera blanca pegada al cuerpo, un saco con arabescos.

Tenía las entradas en las manos. Le dije que sí, aunque los recitales nunca me entusiasmaron. Demasiada gente en lugares demasiado chicos. Y se suponía que había que bailar, saltar, o estar parado todo el tiempo.

Prefería los conciertos de música clásica. Gente sentada, cada uno en su butaca. Lástima que me aburrían horriblemente.

—Tenés que vestirme en diez minutos —me dijo ella.

—Voy así —dije. No tenía más ropa limpia que la puesta, que tampoco estaba demasiado limpia.

Fue una cita completa. Primero fuimos a cenar. Nunca habíamos comido juntos solos. Tomamos un colectivo que nos dejó frente a la discoteca donde tocaba el grupo. Leí en los carteles: «Los redonditos de ricota».

Verónica olía a perfume caro. Bueno, no sé mucho de perfumes, pero no era una colonia de las propagandas de la televisión. Yo pensaba: tendría que tener una novia así.

Fuimos a la popular. Hubo que esperar un poco hasta que empezaran a tocar.

—Me aburre esperar —le dije, mientras le convidaba una pastilla de menta.

—A mí no, me gusta mirar a la gente —dijo ella.

Se escuchaban cantitos, aplausos, silbidos. Las luces se apagaron y empezó el recital.

Todo el mundo estaba conmocionado a mi alrededor. Cantaban, bailaban, se empujaban. Verónica estaba totalmente desatada. Me gustaba verla así. Pronto empezó a transpirar y la pintura corrida le dibujó líneas en la cara.

No podía conectarme a todo eso. Podía escuchar, disfrutar de la música, pero no conectarme. Me sentía aislado, casi un intruso, en una fiesta ajena.

A mi alrededor los empujones se hacían cada vez más frecuentes. «Basta, pensé, voy a entrar también.»

Un poco forzosamente, me puse a saltar y a empujar.

Dos minutos después alcancé a reflexionar que había empujado a la persona equivocada.

Era un tipo con campera de cuero y anteojos oscuros, a pesar de que la luz no sobraba. Tenía el pelo cortado al rape y un aire así como de haber matado a su madre viuda. No le gustó que lo empujara.

Enseguida me encontré en el suelo. «¿Cómo llegué aquí?», me pregunté. Por el dolor en el pómulo izquierdo, deduje que había sido una trompada.

Fue bueno haberme caído, porque arriba todo el mundo pareció enloquecer y empezó a pegarse.

Tomé a Verónica de la mano, tratando de que nos fuéramos o, al menos, nos mudáramos a una zona más pacífica. Las cajas de vino volaban por el aire.

Media hora más tarde estábamos afuera. Caminamos por la 9 de Julio.

—¿Te duele el golpe?

—Un poco.

—Tenés hinchada la cara.

—Por suerte no fue el ojo.

Seguimos caminando, hasta llegar a La Giralda. Fui al baño y me miré en el

espejo. Era la primera vez en mi vida que me habían dado una verdadera trompada. Lamenté que no hubiera sido en ninguna situación heroica.

Me lavé la cara y el agua fría me pareció casi un regalo.

Pedimos dos cervezas y las tomamos mientras hablábamos cada vez de cosas más íntimas. Sección «Recuerdos», sección «Momentos graves», sección «Novios/as», sección «Mi verdadera personalidad, más allá de las apariencias» y cosas por el estilo.

No estaba muy sobrio, por supuesto. Nunca tuve resistencia al alcohol.

La cabeza no me funcionaba demasiado bien. Conozco los síntomas. Es cuando pienso las cosas dos segundos más tarde de lo que las digo. Quiero decir, me oigo decir algo, y pienso: ¿cuándo se me ocurrió esto?

—Verónica —le dije, tomándole una mano—, estoy enamorado de vos.

—Es un disparate —dijo sin inmutarse. Era una chica realista.

Me detuve unos segundos a pensar.

—Sí, es un disparate. No sé por qué lo dije.

—Tomaste demasiado.

No se había inmutado. Evidentemente, yo había estado diciendo muchas pavadas como para que no la sorprendiera una declaración de amor.

Fuimos hacia el edificio. De noche daba un poco de pavor subir aquellos escalones casi a oscuras. Verónica me acompañó hasta el sexto, porque pensó que me iba a caer por las escaleras.

Abrió la puerta de mi cuarto y me empujó en la cama.

—Mañana no te vas a acordar de nada —me dijo.

Al día siguiente me preguntó si recordaba qué había pasado después del recital, y le dije que no.

No sé si me creyó.

Mientras tanto, había vuelto a mi investigación.

Volví a donde había empezado: la facultad de Arquitectura. Recorrí todas las aulas donde se dictaban materias de segundo año. Hablé con muchos estudiantes.

Al final encontré a una chica que la conocía. Era cordobesa también. Se llamaba Carmen. Morocha y terriblemente alta.

Hablamos un rato, tratando de encontrar conocidos comunes. Pronto dimos con uno.

—Ah, ¿lo conocés a ese imbécil? —pregunté de inmediato.

—Sí, es mi novio.

A pesar del incidente me informó que iba a haber una fiesta en dos semanas. Y ahí seguramente estaría Teresa. Me dio la dirección.

—¿Nos vemos ahí? —le pregunté.

—No, al imbécil de mi novio no le gustan las fiestas.

Guardé el papel con la dirección en el bolsillo. Tendría que esperar dos semanas. Había esperado tanto que dos semanas más no me harían nada. Tenía miedo de que pasara tanto tiempo, pues al volver a verla no la reconocería.

Comprendo que lo mío podría parecer una obsesión. Que tenía todo el aspecto de una obsesión. Que visto desde cualquier punto de vista nadie dudaría en catalogarlo de obsesión.

Bien, debo confesar que era una obsesión.

La lluvia era un verdadero problema porque el techo de mi cuarto estaba lleno de goteras. Había cierta posición en que podía poner la cama para que no se mojara, pero dormir en posición vertical siempre me fue difícil.

Había agotado la existencia de ollas, vasos, y otras cosas que me pudieran prestar para contener el agua.

—¿Por qué no le pedís a la portera que te cambie de cuarto? —me decía Marquitos—. Están todos vacíos.

Era cierto. Para esta época no quedábamos en el edificio más que Marquitos, Verónica y yo.

—En realidad estoy un poco encariñado con esta habitación —le dije—. Ya sé que es desastrosa. Pero me gusta la forma de la ventana, y me gusta imaginar que vivo en una especie de altillo.

Marquitos no dijo nada. Lo veía vacilar. Como si tuviera algo para decirme y no se animara.

—Vos alguna vez me comentaste...

Hubo una pausa.

—... que tocabas la batería...

—Sí, en Córdoba.

—¿Eras bueno?

—Si hubiese sido bueno habría seguido.

—Le agarró hepatitis a mi batero, y tenemos que tocar mañana en un *pub*. Estuvimos un mes para conseguirlo y ahora no podemos decir que no.

—¿Entonces?

—Pensé que a lo mejor te animabas.

—Hace mucho que no practico.

—Faltá al trabajo. Podemos ensayar mañana, todo el día.

Le dije que sí, en un arrebato de audacia. Pero no se le fue el miedo que parecía tener. Me di cuenta: no sentía temor de que yo me negara, sino de que aceptara.

Ese día Marquitos me explicó lo que era la ley de Murphy.

La formulación general de la ley era: «Si algo puede salir mal, va a salir mal». Él pensaba que en este caso particular había muchas cosas que podían salir mal.

Me dijo también, sin ánimo de agredirme, según aclaró, que yo parecía el ejemplo más claro que había conocido de todas las aplicaciones posibles de la ley de Murphy.

Fui al *pub* con Marquitos. Quedaba en San Telmo. Me presentó a cada uno de los que tocaban en el grupo. Todos llevaban alguna clase de sobrenombre: un gordo que tocaba el bajo se llamaba Sherpa; había un tecladista que se hacía llamar Dunga-Dunga, y otro guitarrista que tenía el apodo de Freddy, por las películas. Por suerte, Marquitos seguía siendo Marquitos.

Comenzamos a ensayar. El primer tema se llamaba «Accidente de tráfico». El segundo: «Ojo, que la sangre resbala». El tercero: «El descuartizador de Burzaco».

—¿No tienen uno un poco menos sangriento? —les pregunté—. La gente se va a impresionar con las letras.

—¿A quién trajiste, Marquitos, a un crítico literario? —preguntó Sherpa.

Marquitos trató de poner un poco de armonía.

—Las letras las hacemos entre todos y nos salen como salen —dijo.

El cuarto tema trataba de las relaciones familiares. Se llamaba «Colgá a tu abuelita del poste de luz».

Yo trataba de hacer lo que podía frente a la batería.

Golpeaba aquí o allá. Entre tanto ruido, no se oía mucho.

Las letras se hubieran podido tomar por poemas de Rubén Darío en comparación con la música.

—Marquitos, el recital es para amigos, nada más, ¿no?

—No, Max, viene la gente del lugar. Siempre se llena, toque quien toque.

—Pero la gente desconocida puede reaccionar mal.

—Quedate tranquilo, no tocás tan mal.

Yo no estaba pensando solamente en mí.

Me había dado cuenta de dos cosas esa tarde. La primera era que yo tocaba espantosamente mal. La segunda era que ni siquiera con un martillo neumático se podían empeorar las canciones.

A las dos de la mañana empezó a caer gente. Yo estaba bostezando. Era una barra; vestían igual que nosotros.

A mí me habían prestado una campera de cuero que me quedaba enorme y me habían puesto en el cuello un collar de perro.

El primer tema funcionó bastante bien. Es decir, contó con la total indiferencia del público.

Antes de la segunda canción entró al *pub* otra barra. Eran como los anteriores, pero con el vestuario un poco más recargado. Cadenas, calaveras, tachas, toda clase de prendedores con toda clase de símbolos: cruces esvásticas, insignias de grupos *heavy*, gilletes.

Parecía una competencia por el premio Yo Tengo Más Símbolos Que Nadie.

El segundo tema (el famoso «Haciendo fogatas con madera de ataúd») incitó al público a silbar e insultar. A nosotros, por supuesto.

—Marquitos, parece que no les gusta.

—Callate, Max, es su forma de mostrar aprobación. Somos así.

—¿Somos?

No lo imaginaba al bueno de Marquitos escupiendo para mostrar que algo le gustaba.

Una moneda silbó al lado de mi oreja.

El tercer tema pasó sin inconvenientes. Al cuarto hubo un problemita técnico. El boliche quedó a oscuras. Como yo había estado colaborando al principio en las conexiones eléctricas, hubo acusaciones infundadas de que era uno de mis arreglos el que había hecho saltar los tapones. Pero no había pruebas.

El dueño del lugar encendió unas velas. Se escuchaban, además de los gritos, ruidos confusos, objetos que caían del cielo.

Algo voló sobre mi cabeza. Era una silla.

—Salgamos del escenario —gritó uno de los músicos.

Había empezado la batalla campal. Por suerte, como había dos barras, resumieron en un choque frontal sus opiniones sobre la música de «Asesinatos masivos de ancianos a la luz de la luna» y sobre el corte de luz.

Hubo algo así como una destrucción sistemática del *pub*, hasta que se escucharon las sirenas de la policía.

Marquitos me agarró de la mano y me arrastró hacia afuera. No sé cómo se guiaba, porque no se veía casi nada. La última vez que lo había encerrado la policía lo habían molido a golpes, y no quería repetir la escena.

Ya habíamos salido del boliche y empezábamos a correr cuando el patrullero dobló la esquina. Estaba bastante oscuro y no nos vieron.

Corrimos las tres primeras cuadras. Caminamos después otras cinco sin decir

palabra. Nos faltaba el aire. Atravesamos un parque a oscuras y seguimos caminando, hasta el centro.

Cuando llegamos a Corrientes buscamos una pizzería abierta. Había pocas mesas ocupadas.

Marquitos buscó un teléfono público y llamó a las casas de los músicos, para avisar que posiblemente los padres tendrían que ir a buscarlos a alguna comisaría.

Yo notaba miradas extrañadas de la gente a mi alrededor. Entonces me di cuenta de que todavía seguía con el collar de perro.

9

Estaba solo, a 12 metros bajo tierra, entre carpetas llenas de polvo.

Eso era mi trabajo.

La luz de los tubos me cansaba los ojos. Había sectores con colonias de pulgas de papel, que si me acercaba me comían vivo. Escuchaba a veces el ruido de unos pasos detrás de los armarios. Una tarde vi la cabeza de la rata, durante un segundo.

Eso era mi trabajo.

Un archivo inútil, con legajos inservibles, al que sólo bajaban los de la empresa muy de vez en cuando, para pedirme cosas que era imposible encontrar.

Eso era mi trabajo.

Duré tres meses, o menos. No lo tengo anotado en ningún diario personal. (En realidad lo único interesante para escribir son las cosas que uno no ha hecho. Pero si no las ha hecho, ¿cómo puede contarlas?)

Después que me hicieron varios pedidos sin resultado, tuve que informar que Merino, que ya había cobrado su indemnización, había mezclado todo.

No dije que se trataba de una venganza.

Bajó a verme un hombre gordo. El cansancio le daba un aire sereno.

—No se preocupe por nada —dijo—. Trate de ordenar lo que pueda, pero con calma. Después de todo no es su culpa. Lo mejor sería quemar todos estos papeles. Le aseguro que así se solucionarían muchos problemas.

Le pregunté si el desorden no afectaría las cuentas de la empresa.

—No, nadie le da importancia a esto. Esta empresa se está hundiendo. Con el archivo ordenado o no. Mire esto, mire a su alrededor. ¿Le parece que alguien puede darle importancia?

Se fue.

A los pocos días apareció Merino en el bar donde yo almorzaba.

—No me animé a bajar al archivo por temor a represalias.

—Hiciste bien —dije. Señalé un peligro innominado tras las puertas de la empresa, que estaba enfrente del bar.

Me preguntó, como para cumplir, cómo andaba. Pero no podía esconder que su único interés eran los resultados de su revancha. Movía las manos constantemente.

—¿Qué hicieron cuando se dieron cuenta del desorden?

—Hubo un escándalo. Tuve que explicarles mil veces que no tuve la culpa. Dedujeron que habías sido vos. Hasta hubo un directivo que tuvo taquicardia.

—¿Se perdió mucho?

—No se pudo completar un balance. Eso los puso mal.

—¿No habrá sido demasiado?

—Mirá, las cosas se hacen así o no se hacen.

Cuando empiezo a mentir no puedo parar. Es como comer bombones. Me desbarranco. Hablé del posible cierre de la empresa. Hasta aventuré que podía haber algún suicidio.

—¿Un suicidio?

—Y, acordate de Wall Street. La gente no se mata sólo por amor.

Cuando me fui, se quedó sonriendo. Me hizo una señal desde la calle. Al alejarse miró hacia los costados, como si alguien pudiese seguirlo.

En una pared había pegado un papel con el día y la hora de la fiesta a la que iría Teresa, para no olvidarme.

Le pedí a Marquitos que me acompañara. Era en Belgrano. Nos equivocamos de colectivo, tuvimos que caminar veinte cuadras y llegamos tarde. Pero no importaba mucho.

Era en una casa particular, en una esquina. Tenía una alta reja negra y un breve jardín. Era muy grande, y pensé que el dueño debía tener mucha plata. Los autos estacionados en la vereda eran caros. No era lugar para nosotros.

Yo dudaba de que nos dejaran entrar, porque me había olvidado el nombre de la dueña de casa. Nadie nos había invitado, pero como en esas fiestas nunca todo el mundo conoce a todo el mundo, siempre existe la posibilidad de que uno sea amigo de alguien.

Hay invitados directos, invitados indirectos, e invitados sumamente indirectos. A esta última categoría pertenecíamos nosotros, muy cercana a la de los colados.

Nos abrió la puerta una chica y nos dijo que pasáramos.

—Ustedes deben ser amigos de Julieta —dijo.

—¿Ya llegó? —pregunté, como buscándola con la mirada.

Había poca luz y era una suerte. Marquitos y yo éramos los únicos con pelo largo. Él iba vestido medio *heavy*, como siempre. Yo llevaba una remera con la cara de Bugs Bunny, que me había regalado mi hermano.

Temía que nos reconocieran como extraños y nos echaran a patadas.

Había unas parejas bailando. Yo me puse a charlar con una chica para preguntarle por Teresa, mientras atacaba una bandeja con saladitos. La chica tenía un enorme moño rojo en la cabeza. Parecía un regalo de bodas.

—No sé si vendrá hoy. Tenía clase de teatro. Termina muy cansada.

—No sabía que estudiaba teatro.

—Sí, en el Teatro Chino.

Estuvimos charlando un rato. Ella había tomado bastante. Yo también. Empezó a contarme cosas de su vida. Bastante íntimas.

Creo que después de un rato hasta llegó a ruborizarme.

—¿Por qué me contás todo esto a mí?

—Porque no me conocés y se te nota que no conocés a nadie de este lugar. Y

porque no te voy a ver más en mi vida.

Eso era lo que yo consideraba como un rasgo de lucidez.

Cuando terminé de hablar lo vi a Marquitos durmiendo en un rincón. No había tenido éxito con ninguna chica de la fiesta. Se conocían entre sí, nos miraban como a bichos raros. No se animaban a echarnos por si éramos amigos de alguien.

Había tomado litros de cerveza y coca. Fui al baño. Al hacer funcionar el depósito empezó a salir agua. Traté de arreglarlo y el chorrillo que salía del tanque se convirtió en un torrente.

Traté de encontrar la llave de paso, sin suerte. Me acordé de aquella vez, con Verónica. El agua me perseguía. Era una lástima que no me hubiera dedicado a aprender un poco de plomería, después de todo.

Apagué la luz y salí del baño. Miré la puerta: el agua empezaba a pasar por abajo y llegaba al *parquet*.

Desperté a Marquitos y lo arrastré hasta la puerta.

—¿La encontraste?

—No, pero sé donde está —le dije mientras llegábamos a la puerta.

Nos habíamos alejado media cuadra cuando la música se apagó y todas las luces se encendieron.

El agua había llegado hasta la puerta de entrada.

—Creo que no estás muy bien de la cabeza —dijo Marquitos—. Yo que vos buscaría alguna chica que estuviera más a mano.

—No voy a abandonar ahora, que estoy tan cerca —dije.

Sentía que Teresa estaba al alcance de la mano. Quería encontrarla, nada más.

Lo que pudiera pasar después no me importaba en absoluto.

Ese lunes, cuando el despertador sonó, pensé: no voy a ir a trabajar.

Quise volver a dormirme. Me revolví en la cama. Había algo que me molestaba. No me bastaba con dormir hasta tarde ese día. Necesitaba hacerlo muchas otras mañanas. Todas las mañanas.

Entonces pensé: no voy a ir más a trabajar.

A partir de allí pude dormir tranquilo.

Fue una especie de revelación.

Tenía todo el día libre por delante. Me quedaba plata sólo para unos días, pero eso no llegaba a preocuparme demasiado.

Solamente si uno tiene todo un día libre por delante puede sentir que lo que tiene es toda la vida por delante.

Fui a lo de Verónica. Había un poco más de confianza entre nosotros después de mi desastrosa declaración de amor. Tomamos mate, me habló de su nuevo novio, de sus peleas. Yo estaba en el horrible papel de «amigo de la chica». Al final le pedí que me diera la dirección del Teatro Chino.

La buscó en un cajón lleno de cartas, ropa interior y fotos viejas.

—¿Vas a actuar? Lo único que te faltaba.

Pasé por alto el comentario. Me daba un poco de vergüenza explicar que hacía todo esto porque había conocido una vez a una chica pelirroja. Después le dije que sí, que pensaba aprender teatro. En realidad yo aborrecía a los actores. Eran demasiado extravertidos para mi gusto, y me impresionaban como gente que siempre se estaba saludando y abrazando y eran amigos de todo el mundo. No soporto a la gente que es amiga de todo el mundo, como los animadores de televisión.

—¿Hoy no te me vas a declarar? —me preguntó, tendiéndome un papelito.

—Hoy no —dije.

A la tarde fui a la escuela de teatro. Estaba en el centro. Expliqué que quería ver una clase antes de anotarme. Era difícil acertar justo con la clase en que estuviera ella, pero la mujer que me atendió no tenía una lista de alumnos. Pensaba que con mirar a la gente alguna pista encontraría. Confiaba en mis dotes de investigador: la tenacidad y la inspiración del momento.

Las clases eran nocturnas, así que a la noche volví. Había un grupo de seis personas sobre el escenario del Teatro Chino. Eran todos más o menos jóvenes. Algunos más chicos que yo.

Apareció el profesor. Tendría unos cuarenta años y respiraba profundamente. Parecía estar metido en alguna especie de éxtasis shakespeareano. Se movía con gran solemnidad y hablaba lentamente, modulando con afectación. Me pareció reconocerlo: había actuado tal vez como figura de reparto en alguna telenovela.

—No queremos que mires solamente, queremos que participes —dijo. Se refería a mí.

Asentí con la cabeza. Aquello me parecía una especie de tribunal.

—Gritá —dijo.

Le expliqué que me costaba gritar si no tenía algún motivo.

—¿Un motivo?

—Llamar a alguien que está lejos. Un pisotón. Una caída.

Se acercó y me pisó discretamente el pie. Aunque no me dolió, grité. Grité tan fuerte que se asustó.

—¿Te pasó algo?

—No, grité nada más.

—Bueno, pasemos a otros ejercicios.

La gente empezó a contar episodios desafortunados de la infancia. Abandonos, miedos, juguetes rotos, castigos ejemplares. El clima iba *in crescendo*. Estaban todos emocionados, como si fuéramos una gran familia.

Me llegó el turno. Yo conté que cuando tenía seis años mi perro se había peleado con mi gato. Como reté al perro, aunque el culpable había sido el gato, porque había tratado de comerse al canario, el perro salió a la vereda y se tiró abajo de un camión. Había mucha tensión emocional, y al terminar la historia una chica se puso a llorar. Era tonto que llorara por eso, que era una historia sacada de un dibujito animado, ya que no sólo nunca había tenido ningún perro, sino que los detestaba. Me había parecido un buen recuerdo triste de infancia.

Cuando la clase terminó, todos, menos el profesor que parecía haber vuelto a su éxtasis shakespeariano, fuimos a un bar. Aproveché y pregunté por Teresa.

Había un tipo que la conocía. Era el mayor del grupo. Como se molestó un poco por mi pregunta, pensé que sería su novio. «Sale con este tarado», me dije. No creo que esté de más confesarme resentido.

Me dijo que al día siguiente había una obra y que ella actuaba allí. Me quedé un rato más charlando porque no me parecía mala gente, después de todo. Lástima que les gustara actuar.

A la noche siguiente volví al Teatro Chino para ver la obra. Éramos siete en la sala, lo que me hizo recordar algunas andanzas anteriores. Los actores llevaban grandes máscaras de cartón de ojos y narices gigantescos. Las máscaras eran buenas, los actores no. Pronto vi a una pelirroja. Tenía que ser Teresa. Nadie más podía tener ese color de pelo.

En *Moby Dick* hay todo un capítulo dedicado al color blanco. Me gustaría leer una novela en la que hubiera todo un capítulo dedicado al rojo.

Sentí que el corazón aceleraba. La había encontrado. Ahora tendría que hablarle. ¿Qué le diría? ¿Saldría corriendo espantada de mí? Aparecía ante mis ojos lo absurdo de toda mi carrera de obstáculos hacia ella. Me preguntaba ¿Le digo la verdad o le cuento que la encontré de casualidad? Me decidí por lo segundo.

La obra era un desquicio. Había algún argumento, pero eran tantos los gritos y los golpes que era difícil entender nada. Todos, en algún momento, se revolcaban por el piso. Se golpeaban. Ponían «todo de sí mismos». Así lo había dicho el profesor.

Parecía un jardín de infantes con alumnos que repetían desde hacía quince años.

Pero yo la miraba solamente a ella. Miraba su cabellera. No digo «cabellera» en vez de «pelo» porque sí, nada más. Realmente le venía bien la palabra «cabellera», porque da la idea de que el pelo cae, se mueve y brilla.

No hablaba. Caminaba entre los actores. La obra era *La máscara de la muerte roja*, basada en el cuento de Poe, y ella era la muerte roja.

Me hubiera desilusionado escucharla hablar y sentir que era una pésima actriz.

Por suerte su mudez siguió hasta el final de la obra. Traté de recordar su voz, no pude.

La obra terminó. Se escucharon desvaídos aplausos. Pensé: a las primeras funciones van los amigos y familiares cercanos, y aplauden como si actuara Marlon Brando. Después van los conocidos, y aplauden bastante, por compromiso. Finalmente, caen los que no conocen a nadie, despistados, o espectadores extraños, que se acercan por motivos insólitos, como yo. Y aplauden apenas.

Cuando terminaron de saludar pasé detrás del telón. Crucé un patio lleno de paneles de escenografía. La encontré en un cuartito a punto de sacarse la máscara, frente a un espejo.

Le dije quién era. No pude contarle que la había encontrado por casualidad: me escuché diciendo un cuento absurdo, lleno de incoherencias, es decir, la verdad.

Una carrera de obstáculos.

Cuando terminé de hablar, relampagueó algo en mi cabeza. Era la lucidez. Y me di cuenta de que solamente podía esperar que se riera.

No se rió. Se sacó la máscara.

Le miré la cara. Había restos de maquillaje que se le había corrido por la transpiración. Las líneas negras parecían dibujos. Era una cara hermosa. Y el pelo.

Pero no era Teresa.

Las declaraciones de amor son de por sí bastante complicadas, pero si además uno se las hace a la persona equivocada... Creo que la chica que en ese momento tenía adelante, pelirroja como Teresa, se habría reído si hubiera estado un poco menos asombrada.

Yo no me sentía ridículo: había pasado en varios kilómetros los límites del ridículo. Estaba en una etapa superior; la vergüenza había quedado atrás. Pero todavía tenía ganas de dar explicaciones, así que invité a aquella impostora a tomar algo. No pensé que iba a aceptar, pero lo hizo.

Primero tomamos un café en un bar que estaba a la vuelta, y después pasamos buena parte de la noche buscando un restaurante que a ella le parecía que quedaba no muy lejos. Había que buscar una calle, de la que no se acordaba el nombre. En cuanto la viera, la iba a reconocer, me dijo. Después cambió de idea: había que encontrar una iglesia. Después de dieciocho cuadras se decidió por una plaza. En nuestro itinerario no nos cruzamos ni con la calle, ni con la iglesia ni con la plaza, así que fuimos a comer a un restaurante chino.

—Teresa hacía el papel que yo hago ahora, pero se aburrió de actuar y se fue. No apareció más. No sé dónde está ahora.

Por centésima vez en la noche, le dije que la había confundido por el pelo.

—Me gustaba tanto el color del de ella que me lo teñí. Creo que te decepcioné... Esperabas verla a ella...

—No, al contrario, ya tendré tiempo para encontrarla, si es que la quiero encontrar —le dije.

El restaurante había quedado vacío. Los chinos sólo esperaban que nos fuéramos nosotros para cerrar. Pero estaban convencidos de que debían ser pacientes, no ponían las sillas sobre las mesas, como en los restaurantes occidentales, ni empezaban a baldear.

La falsa pelirroja que tenía delante se llamaba Daniela, y ya no era ningún puente, ninguna pista hacia Teresa, sino un infranqueable y hermoso obstáculo.

Nos vimos el día siguiente y el siguiente y el siguiente.

Pasábamos juntos todo el tiempo libre que teníamos. Me extrañó que los primeros días nos viéramos tan seguido, como si hubiera algún apuro. Más tarde supe que había apuro.

Cuando estábamos en mi habitación se quedaba mirando mis cosas, como si buscara algo. Estudiaba las piezas oxidadas. Miraba los lomos de los libros, mi ropa, las paredes descascaradas: un detective en el lugar del crimen. También me hacía preguntas. Mostraba un interés desusado por detalles que yo ni siquiera recordaba. Por ejemplo, se preocupaba por mi árbol genealógico.

—¿Pero tu bisabuelo materno fue el que vendía agüita milagrosa...?

—Sí.

—¿Y era el que tenía dos familias?

—Sí, una en Córdoba y otra en Buenos Aires. Las dos familias se llegaron a conocer. Las mujeres no se tenían rencor, no sé por qué. A lo mejor les parecía natural.

Le mostré una foto en la que estaban las dos esposas de mi bisabuelo juntas, posando sonrientes. Mi bisabuela era más bien gordita, la otra era una mujer menuda y bonita.

—Lástima que tu bisabuelo no está en la foto.

—Estaba sacando la foto —le dije.

Era el personaje legendario de la familia. Si había alguien de quien contar cosas, era de él. El resto se había dejado llevar por la normalidad, las buenas costumbres, la monogamia, los trabajos seguros. En cambio mi bisabuelo se había tenido que escapar de la provincia por vender su famosa agüita milagrosa. Lo acusaban de curandero.

Se decía que había ganado con su medicina imaginaria una fortuna fabulosa y que la había gastado en tres noches de juego en el sur de Brasil.

Daniela se mostraba interesada por todo. Me hablaba con la seriedad que tienen los chicos.

El quinto día que nos vimos me propuso que fuéramos a la quinta de una tía, que vivía en Adrogué, pero que se había ido del país. Tomamos el tren en Once hasta la estación, y caminamos treinta cuadras bajo una llovizna helada. Llegamos a la casa con las zapatillas llenas de barro.

El jardín estaba abandonado. Las plantas invadidas por los yuyos. En todas partes había caracoles, deslizándose sobre las hojas húmedas y brillantes.

—No venía acá desde antes que mi tía se fuera —me dijo Daniela—. Pensé que la casa iba a estar en mejores condiciones.

Pasamos junto a la piscina. Un agua negruzca cubría el fondo. Flotaban hojas y escarabajos muertos.

Una rana se movió en el agua, agitando la superficie estancada. Me hizo recordar a cacerías de ranas y de sapos, cuando era chico. Me acercaba, arrinconaba a los bichos, pero a último momento dejaba que se escaparan, porque me daba asco tocar la piel viscosa. Eso me hacía sentir un poco cobarde.

—Tengo frío. Entremos a la casa —dijo Daniela. La luz que filtraban las nubes era intensa y su pelo estaba iluminado por una fosforescencia eléctrica.

La puerta rechinó y oímos una vaharada de humedad. Había pocos muebles, feos, pesados, de estilos incongruentes, como si la casa hubiera sido amueblada con restos de otras casas. Más tarde me di cuenta de que eso era realmente: un basurero familiar, museo de cosas desechadas.

Tomamos unos mates mientras tendíamos una cama grande con sábanas frías que encontramos en un cajón. En los pliegues había bolsitas de lavanda y naftalina. Todo parecía viejo y concluido.

Era la quinta vez que nos veíamos, pero parecía mucho más. Estábamos solos en esa casa a orillas del mundo, entre cosas grises y muertas, y sin embargo, todo lo que hacía, hasta el mínimo gesto, era como poner en marcha los mecanismos nocturnos de algo inesperado que se podía llamar felicidad. Estábamos solos, tan minuciosamente solos como una pareja puede estar. Bueno, no sé si se podía llamar «pareja». Entonces ella me dijo que en un mes y medio se iría a vivir al sur. Que teníamos un límite por delante.

No quería comprometerse demasiado, para no sufrir después. Eso dijo.

Me habló de una ciudad chica, vida tranquila y todas esas cosas: la utopía sureña.

Me aterraba un poco perderla, porque ni siquiera la había tenido. No sé si cinco noches son mucho o poco tiempo. Las noches no se miden por cantidad.

Le pregunté por qué quería irse.

—Yo vivía con una chica en un departamento. Lo alquilábamos entre las dos.

—¿Y?

—Estaba siempre deprimida.

—Como todo el mundo.

—No, un poco más que todo el mundo.

—¿Y? —Había que arrancarle cada palabra.

—Se quiso matar. Pastillas para dormir y *whisky*.

—¿Se salvó?

—Sí, la encontré yo. Le hicieron lavaje de estómago, estuvo en terapia intensiva y después siguió con psicoanalistas, antidepresivos, flores de Bach, yoga. No volvió a querer matarse. Pero se me hizo insoportable vivir en la ciudad. Pensé en cambiar de lugar. Me estaba volviendo loca yo también.

Afuera hacía frío y el viento entraba por las rendijas. Ella puso a hervir una olla con agua y echó arroz integral, porque era vegetariana y vivía sufriendo el arroz, las verduras y cualquier cosa abominable que fuera comestible. No era raro que se fuera al sur, repitiendo peregrinaciones *hippies*.

Yo no sabía qué decirle. Estaba bastante molesto. Tenía algo así como celos, pero de nada en particular. Entonces dije: «Mandame postales».

Abrió la puerta y se fue corriendo al jardín.

Salí a buscarla. La encontré junto a la pileta. Solamente tenía puesto un pulóver amarillo sin nada debajo, y estaba temblando. Lloraba. Los grillos se quejaban a nuestro alrededor. Tendrían sus razones. La abracé, le mordí la oreja, y debo haber dicho algo oportuno, porque recuerdo que dejó de llorar.

En esos momentos se me ocurrían frases más oportunas que ahora.

Le gustaba sacar fotos, pero movía la cámara. Conservo una colección de fotos sin cabeza.

El mes y medio se pareció, en cada uno de sus días, a una despedida demasiado prolongada.

No estaba muy segura de lo que iba a hacer, pero estaba convencida de que tenía que irse. Yo admiraba esa seguridad. No lograba tomar ninguna decisión excepto en el último momento.

—Voy a trabajar en una radio. Hay una amiga que está ahí... —Enumeraba todos los oficios posibles. No le importaba mucho qué iba a hacer al llegar. Lo importante era marcharse de la ciudad.

Ni siquiera confiaba demasiado en su utopía sureña. Sus esperanzas eran módicas, tan razonables que casi no justificaban el viaje.

El último día estuvimos todo el tiempo juntos caminando. No sabíamos muy bien adónde ir ni qué decir. La acompañé a buscar el equipaje. Comimos a la noche en un restaurante del centro. Yo trataba de simular jovialidad pero casi no podía tragar la comida.

Me pidió que no la extrañara.

—¿Si te escribo me vas a contestar? —preguntó.

—Sí.

—¿Y si te pido que vayas?

Fui sincero.

—No sé.

—Si me hubieras dicho que sí no te hubiera creído.

Aun en los momentos así se comportaba de un modo razonable.

Fuimos a la estación.

Iba a viajar en turista. Era una locura, tantas horas en esos asientos duros que no se reclinaban, con las luces siempre encendidas. Y el frío. No le importaba demasiado.

Parecía una escolar a punto de hacer una excursión, sabiendo que no importaba demasiado el lugar adonde la llevaran, porque total era una excursión.

Sacó la cabeza por la ventanilla para saludarme; mientras el tren se alejaba, pude seguir mirándola: el pelo rojo sacaba luz no sé de dónde para convertirse en una señal.

Pocos días después Marquitos me trajo la noticia de que iban a tirar abajo el edificio.

Yo estaba sin trabajo, sin Daniela, cursando una carrera que no me interesaba y me parecía milagroso que pudiera seguir levantándome a la mañana. Por eso, en el momento, no me preocupó demasiado.

—Muchas veces amenazaron y nunca cumplieron.

—Esta vez es en serio —dijo.

Quería que alquilásemos un departamento juntos, pero yo le recordé que no tenía plata ni trabajo.

Apenas había empezado septiembre. Un hombre nos visitó a cada uno de los que vivíamos. Tenía un maletín negro por si le pedíamos papeles. Dijo que lo mandaba el dueño. El edificio tenía que estar vacío antes del 29 de octubre.

En ese momento vendrían las topadoras y acabarían con todo.

Cuando se fue Daniela, volví a mi investigación: algún paseo por la facultad, un par de llamadas telefónicas, todo sin resultado. Ya no buscaba a Teresa, era la inercia lo que me arrastraba. Creo que no habría seguido si no hubiera sido por una noticia que me dio Flavio y que puso a Teresa ahí, al alcance de mi mano. Y cuando no queda otra cosa, todavía queda la curiosidad.

Mi hermano me había escrito una carta. Era muy raro que me escribiera; nunca lo hacía. La carta decía pocas cosas, pero lo esencial era que Flavio había conseguido las llaves de un departamento que mi familia tenía en Mar del Plata y que después del despido de mi padre estaban por vender. Nunca antes le habían dado la llave; en la carta no me contaba cómo la había conseguido. Me parecía poco probable que mis padres creyeran que Flavio había llegado a algún grado de adultez. Eran optimistas: explicaban todos sus dislates a través de la edad; yo me preguntaba qué pasaría cuando los años pasaran.

En la carta, Flavio me invitaba a que fuera el fin de semana a Mar del Plata, si tenía plata para el viaje, porque pensaba que ir solo y fuera de temporada podía ser algo muy deprimente.

Tomé el tren con la esperanza de que no se hubiera arrepentido u olvidado de su invitación, porque apenas tenía plata para el pasaje de vuelta. Hacía cuatro años que no iba a Mar del Plata. Llegué el viernes a la madrugada, desayuné en la estación y después tomé un colectivo para el centro. La casa no estaba lejos del casino.

Crucé los dedos al tocar el timbre. Por suerte atendió; entre sueños, pero atendió. Entré al departamento. Las persianas estaban bajas y apenas distinguí, en la penumbra, la forma de los muebles. Se había dormido sin ventilarlo y el departamento olía a meses de encierro.

Levanté la persiana. Flavio había murmurado algo, un saludo quizás, y se había ido a la cama de nuevo. Revolví un poco los placares para ver si todo estaba como lo recordaba. Había juguetes viejos, que como de chicos no los habíamos usado más que por cortas temporadas, habían sobrevivido a años de juegos, a cuatro infancias.

Me acosté en el sillón y dormí hasta las once. Cuando me desperté, mi hermano se había lavado la cara y parecía un poco más humano.

—Vamos a desayunar —dijo.

—Ya desayuné.

—Eso fue hace mucho. Desayuná de vuelta.

Caminamos un par de cuadras hasta llegar a un bar. Pedimos café con leche y medialunas, y mientras comíamos, nos pusimos a recordar viejos programas.

—Qué suerte que hayas podido venir. No estaba muy seguro. Pensé que a lo mejor podías estar ocupado.

—¿Ocupado? ¿En qué? —Siempre olvidaba que Flavio se había impuesto, ya de chico, la difícil tarea de idealizarme—. Tenía muchas ganas de venir. Es mejor

encontrarnos acá que en Buenos Aires. Es una pena que haya que vender este departamento.

—¿Te gusta?

—No, es horrible, pero igual me da pena. Es la decadencia total de la familia. Y de nosotros no se puede esperar que alguna vez ganemos algo.

—No lo van a vender. Las cosas están mucho mejor. Papá está en otra constructora, así que vas a tener de nuevo tu cuota mensual.

Sentí un coro de ángeles a mi espalda. Todas las cosas se volvieron brillantes. Flavio había enunciado eso que yo sentía como mi salvación con la expresividad de un contestador automático.

—Es fantástico, porque estoy sin trabajo.

—¿Qué te pasó?

—No viene al caso, pero la verdad es que para los trabajos de porquería que hay lo mejor es no hacer nada.

Flavio me dio la razón. Había que reconocerlo: era tan vago como yo y se plegaba sin resistencia a esa clase de convicciones.

A la tarde fuimos a la playa. Hacía frío, pero yo me había empeñado. Me había disfrazado de bañista, con un *short* hawaiano y unas ojotas fosforescentes. Las pocas personas que había en la playa estaban con pulóver y campera. Yo temblaba, pero igual quise meter los pies en el agua. No sé por qué me obstinaba en sufrir de esa manera, pero eran costumbres.

Mi hermano buscaba caracoles en la orilla, y yo desechos, alguna pieza de metal para mi colección, trabajada por el mar. Encontré una placa de hierro gruesa, cubierta de óxido.

—A lo mejor es de un barco hundido en alta mar —dije.

—Si fuera de un barco hundido en alta mar, estaría en el fondo del mar. El hierro no flota.

Le di la razón. Flavio era realista para las cuestiones inútiles.

—Ponete contento —me dijo mientras yo esperaba que se me secaran los pies, en lo posible, antes de su congelamiento—. Encontré un dato de tu amor imposible. Tiene un tío que vive en Palermo. Tengo el número de teléfono y la dirección. La familia se comunica con ella a través de él. El tío está un poco loco, según me dijeron. Te tendría que cobrar por este dato.

Se decepcionó al ver que la noticia no me entusiasmaba demasiado. Pero no tuve que pensar mucho para darme cuenta que, de todos modos, iría a buscarla.

Es como uno de esos sábados a la noche en que uno no tiene ganas de hacer nada ni arregló nada, pero sale igual, sin ningún entusiasmo; total, no hay nada que hacer.

Esa noche comimos en el departamento porque ninguno de los dos tenía plata para cenar afuera. Al menos eso me había dicho mi hermano. Pero cuando

terminamos sacó varios billetes del bolsillo y los puso sobre la mesa.

—¿Y esa plata?

—Estuve ahorrando.

—¿Para qué?

—Para el casino. Necesito pagar mis clases de parapsicología.

Le dije que no lo iban a dejar entrar porque era menor de edad pero se empeñó en ir. Traté de convencerlo de que iba a perder sus ahorros en minutos, pero estaba convencido de que era su día de suerte. Hablaba como un iluminado.

—Tengo una cábala. No la inventé yo, me la pasaron. Acá está, anotada en un papelito.

—¿Quién te la dio?

—¿Te acordás de Sergio, que era compañero de secundaria? Bueno, me la dio el tío.

—¿El que tuvo que hipotecar la casa?

—Sí, ése. Hay que apostar a números impares menores de quince en las primeras jugadas...

Estuvo media hora explicándome en qué consistía la cábala. Llegué a entender el esquema del juego, pero no el paso (mágico) por el cual esa suma de jugadas se convertía en seguro triunfo. Flavio me acusó de derrotista, pero no se dejó intimidar por mis consejos («Asociate al club de madres», me dijo) y partimos rumbo al casino.

Yo tenía la esperanza de que le pidieran los documentos en la entrada, o de que no nos dejaran entrar por nuestra vestimenta (teníamos *jeans* y remeras y yo imaginaba que la gente iba al casino de *smoking* o algo parecido), pero no hubo caso. Flavio compró las entradas y atravesó el *hall* como si nada, mientras que a mí sí me detuvieron y me pidieron documentos. Flavio estaban tan obsesionado con su cábala que ni siquiera se distrajo en burlarse.

—Que tengas suerte —le dije.

—Más que suerte, intuición y disciplina.

Yo no había entrado nunca antes al casino: me parecía estar en medio de una película berreta. Flavio se movía como si hubiera nacido allí. Compró las fichas, de color rojo, y fue a una de las mesas. Ya me había advertido que el color rojo tenía algún significado especial.

—No elijo la mesa al azar. Tengo como un presentimiento —me sonrió con complicidad.

Consultó por última vez su papelito, a escondidas, porque sospechaba que el cuerpo de seguridad se arrojaría sobre él, y se lanzó a apostar. Eligió el 5 y perdió. Apostó al 7 y salió el 36; después puso fichas en varios casilleros juntos y también perdió. Le quedaban pocas fichas.

—Guardá algunas, que no vas a tener plata para volver —le dije.

—Todavía no terminé. Ya va a salir. Está ahí, puedo olerlo.

Preferí no ver el final y fui a dar una vuelta. Caminé entre las mesas, miré a la

gente, calculando: «Bueno, ahora le quedan siete fichas, ahora cuatro, ahora juega la última». Cuando pasé a buscarlo ya había terminado de jugar. Me alegró ver que no parecía demasiado amargado.

—Prefiero no ser ambicioso y parar acá. Para saber jugar hay que saber cuándo detenerse —sentenció. La frase debía ser de algún manual barato del tipo: «Cómo hacer saltar la banca».

—¿Perdiste todo?

Se sorprendió de que esa posibilidad pudiera ser enunciada. Me mostró los bolsillos de su campera de *jean* llenos de fichas.

—El triple de lo que aposté. Ahora tengo para mis clases. Si desarrollo mi intuición un poco más creo que podría ganar una fortuna.

Esa noche nos quedamos hablando hasta las tres de la mañana. Lo que a mí me parecía un milagro, para él era lo más natural del mundo.

—No es suerte. Un poco de matemáticas y otro poco de presentimiento. Eso es todo.

Le pedí que no me hablara como un gurú de televisión y se ofendió.

—Dejé el colegio —me dijo después—. Me aburría demasiado. A lo mejor retomo el año que viene.

El año que viene era un territorio lo suficientemente borroso como para que entraran allí todas las cosas que había por hacer. Yo también tenía el año que viene ya completo de tareas que nunca llevaría a cabo y que, confinadas allí, al menos no me molestaban.

Seguimos hablando del colegio. No estaba muy convencido de volver alguna vez. Bastaba que mencionara el tema para que yo recordara el aburrimiento y ese perfecto, acabado, sentimiento de inutilidad que era lo que me había quedado. Me contó también que se peleaba todos los días con papá, porque él quería que siguiera estudiando para que entrara en Derecho.

En mi familia siempre estuvieron obsesionados con la universidad.

—Estaba tan seguro de que yo tenía que ser abogado y servía para eso que hasta me hizo hacer un test vocacional en un instituto. No es para convencerme a mí sino a vos, me decía. Ya vas a ver cuál es el resultado: abogado. ¿Y qué salió, después de tantas preguntas, entrevistas y dibujitos? Nada. La licenciada me dijo: «Hicimos ya 15.900 tests vocacionales en este instituto y es la primera vez que sale uno sin ninguna inclinación hacia ninguna carrera o trabajo». Estaba maravillada. No me sacaba los ojos de encima. «O bien hay algún error», me dijo «o bien es un milagro». Me propuso que me dedicara a eso, a poner en prueba la efectividad de los tests vocacionales de todo el mundo. Así me llenaría de plata.

Flavio siguió hablando mientras tomábamos mate. Me contaba todo como si esperara alguna clase de respuesta. Yo pensaba, y no decía nada, que era la versión dos años después de los mismos problemas.

—En cambio vos —dijo— estás en Buenos Aires, estudiando. No tenés trabajo

pero ya vas a conseguir. Sabés lo que querés hacer. Está bien, estás un poco desequilibrado con ese asunto de la chica pelirroja, pero ya se te va a pasar. Tenés la vida resuelta.

No quise decepcionarlo y no abrí la boca.

—Lo que me gusta —dijo de pronto, y abrió los ojos y pude ver lo que le faltaba cuando hablaba de cualquier otro tema: el entusiasmo— es el curso de parapsicología que estoy haciendo. No es para reírse. No lo dicta un chanta sino un hombre serio, el licenciado Maguncia. En poco tiempo más seguro que voy a poder mover las cosas con la mente.

Supuse, en ese momento, que tenía que darle buenos consejos. Que volviera al colegio. O que trabajara. Que no hiciera más cursos de parapsicología. Que pusiera los pies sobre la tierra porque cualquier levitación dura un tiempo muy corto y después hay que volver a acatar la ley de gravedad.

Pero él no podría creer en ninguno de mis buenos consejos, porque yo no estaba para eso. Porque yo no tenía la vida resuelta. Porque a mí me parecía algo terrible tener la vida resuelta.

Si yo hubiera dicho algo así como «Te conviene seguir estudiando, sentar cabeza, ya sos grande...», él hubiera pensado: está mintiendo.

Traté de ser lo más sincero posible. Le dije que a veces uno pasa por momentos de caos. Meses, un año, en que todo tambalea.

—¿Querés decir que yo estoy pasando por uno de esos momentos de caos?

—Sí.

—¿Cuánto dura?

Me encogí de hombros. En realidad creía que había un gran caos y pequeños momentos de estabilidad. Por eso preferí no seguir hablando. No tenía ninguna prueba al respecto. Y, después de todo, yo era su hermano mayor.

Me adelanto un poco: mi hermano nunca logró mover cosas con la mente, aunque insistió, aunque se convirtió en el alumno aventajado del profesor Maguncia. Yo hubiera dado cualquier cosa para que los objetos que él se empeñaba en desplazar, asistido por el licenciado (primero botellas, vasos, después un pedazo de telgopor, y elementos cada vez más leves: una hoja, una pluma, un mosquito muerto) se movieran. Pero el mundo era, para Flavio, un lugar lleno de cosas inmóviles y pesadas, impermeables a las discretas energías de su mente, y que no servían más que para impedirle el paso.

Antes de despedirnos me mostró algunas fotos de la familia, ordenadas en un álbum de plástico de tapas negras. Eran del cumpleaños de una de mis hermanas.

Como todas las fotos de reuniones nocturnas, el *flash* le ponía a todas las caras ojos rojos, dándoles un aspecto de invasores interplanetarios.

Mis hermanas tenían vestidos nuevos y parecían más grandes. (Me di cuenta de

que cuando pensaba en ellas las imaginaba en una edad neutra, una especie de resumen de lo que habían sido de más chicas: caras de los 11, de los 13, de los 15 años superpuestas.) Florencia, que tenía en ese momento 17 años, arrastraba en todas las fotos a un tipo disfrazado de detective de *División Miami*, que era una especie de novio, según me dijo Flavio. Tenía una cara tan común que era parecido a casi todo el mundo. Marcela, la más chica, posaba como para un desfile de modelos.

En una de las fotos había una grúa armada con un mecano que mi padre me había regalado cuando cumplí doce años, y que alguna vez me prestó para que jugara. El juguete tenía cerca de un metro y medio de altura.

—Papá hizo esa grúa cuando estaba sin trabajo. Se pasaba horas ensamblando las piezas. Primero armaba, después desarmaba. Mamá le decía que estaba loco, y que lo iba a echar de la casa. Ahora está haciendo una grúa de verdad, y por eso tiene que ir por unos días a Buenos Aires. Te va a visitar. ¿Vos no pensás ir a Córdoba?

—No, por ahora no.

—Puedo prestarte plata, ahora que gané.

—No es por eso.

Iba a decir algo más pero no sabía qué. Era un poco difícil dar explicaciones. Habíamos empezado a caminar por la costa, alejándonos del centro, mientras el viento soplaba más y más fuerte. Ya era hora de dar la vuelta, prepararnos para el viaje de regreso.

—Fui a Buenos Aires a buscar a una chica que no encontré, a estudiar una carrera que ahora me aburre y a buscar trabajo, que no tengo. No es un buen balance.

—Esas son razones para irte de Buenos Aires, no para no volver a Córdoba.

—¿Sí?

Me quedé un momento pensando en lo que acababa de decirme.

—Creo que son buenas razones para no volver a Córdoba.

—No nos entendemos en esto —dijo él.

—No, creo que no. Sea como fuere, no voy a volver por ahora.

Fuimos al departamento a buscar las cosas. Cerramos las ventanas y le devolvimos ese aspecto lóbrego de casa abandonada. Lo acompañé hasta la estación de micros.

—Mandales saludos a todos —dije.

—Podrías escribir unas líneas. Tengo cinco minutos.

—Es difícil escribir cartas, y más así, apurado.

En ese momento me miró con alguna especie de desconfianza. Pero no por lo que yo acababa de decir, sino por algo que le pasó por la cabeza en ese instante. En ese momento supe, aunque el gesto no duró un segundo, que él también me reprochaba que yo me hubiera ido. Los demás lo habían hecho notar con claridad, pero él no. De él no lo había sabido hasta ese instante. Se había descuidado al despedirnos y eso bastó para que yo supiera la verdad.

Me apuré a saludarlo porque necesitaba escapar de él. Sentí un poco de alivio

cuando subió al micro y los vidrios opacos desdibujaron su cara, mezclándola con las caras de los demás pasajeros.

Pasó solamente una semana antes de que mi padre viajara a Buenos Aires. Por suerte estaba sobre aviso y me había preparado mentalmente para ese encuentro. Había imaginado los diálogos que podríamos tener unas ciento cincuenta veces. Diálogo 1: padre en actitud irónica. Diálogo 2: padre en actitud sobreprotectora. Diálogo 3: padre en actitud de expectativa y desconcierto, etcétera. Los cálculos fallaron. El encuentro fue una mezcla de todos los diálogos que había imaginado, pero en desorden y, a menudo, con los papeles cambiados.

Encontré un papel pegado al portero eléctrico (que funcionaba como receptoría de mensajes, porque había perdido sus posibilidades eléctricas desde mucho antes de mi llegada). No se había animado a subir, aunque la puerta de calle estaba siempre abierta.

Me citaba en una confitería a la que yo nunca había ido, no muy lejos de allí. Una de esas confiterías para citas de trabajo y parejas tontas adonde la gente va a mentirse en asuntos de dinero o de amor. Faltaban todavía tres horas para el encuentro.

Traté de ser puntual. Había ido a ver una película de vampiros a un cine minúsculo y vacío, y al salir, las calles ya estaban oscuras. Cuando me acerqué a Corrientes, me di cuenta de que había un corte de luz en casi toda la avenida. Los semáforos tampoco funcionaban y en cada esquina se oían bocinazos y gritos. Ya era casi la hora y me apuré, caminando del lado del cordón, para ir más rápido, pasando por detrás de los quioscos de diarios. Llegué a la confitería donde nos habíamos citado. Estaba a oscuras, pero habían puesto velas en las mesas.

Al entrar busqué a mi padre con la vista, pero no lo encontré porque no había luz suficiente. Caminé hasta el fondo. Ahí estaba, cerca de un teléfono público, con los anteojos puestos para poder reconocermelo. Le di un abrazo.

—Salgamos de acá —le dije, tirándolo del brazo.

—No terminé el *whisky*. Ahora salimos. Pedite algo.

Pedí una coca. Le pregunté por su trabajo y extendió sobre la mesa los planos de una grúa en la que estaba trabajando. No había luz suficiente para ver nada. Siempre me habían gustado las grúas: en la calle me paraba a ver, en las obras en construcción, las máquinas que sostenían bloques de cemento de varias toneladas a decenas de metros del suelo mientras un hombre solo las comandaba. Me gustaba que mi padre estuviera trabajando en algo así.

—¿Qué tal tus cosas? ¿Tenés trabajo?

—Por ahora no, pero estoy buscando. Es difícil conseguir.

—Te traje algo de plata. ¿Y la carrera?

—Bien.

—Podrías haber seguido algo más útil. Abogacía, por ejemplo.

—¿Por qué abogacía? ¿Por qué querés que todos seamos abogados?

—Conviene tener un abogado en la familia.

—¿Por qué no estudiaste vos abogacía?

—¿Yo? Estás loco. Es muy aburrido.

—¿Y por qué tenemos que seguir nosotros?

—Mirá, vos y tu hermano se aburren de cualquier cosa, así que ya que se van a aburrir de todas maneras, por lo menos pueden seguir una carrera útil.

Salimos del bar. Entonces pude verle la cara. Parecía más flaco, descansado y bronceado.

—Aproveché para jugar al tenis ahora que estuve sin trabajo. Pierdo siempre, pero me hace bien igual. Lástima que recupero el agua que transpiro con cerveza. Me viene bien estar una temporadita sin trabajo por año. ¿No vas a volver a Córdoba?

—No, por ahora no. Tengo cosas que hacer.

—Ah sí, la agenda completa, seguramente. Un fin de semana, aunque sea. Es más fácil que te muevas vos a que nos movamos todos.

—Un poco más adelante.

—Quisiera que estuvieras allá para hablar con tu hermano. Yo ya no sé qué decirle. No sos mucho más lúcido que él pero igual algún consejo podrías darle. Tiene 16 años y lo único que hace es estudiar parapsicología y jugar con la scalextric. ¡A los 16 años, te das cuenta! Todos mis amigos tienen más o menos los mismos problemas con sus hijos: o que los pescaron con drogas, o que vuelven a las cinco de la mañana o que le tiraron a la madre una silla en la cabeza. Yo no puedo abrir la boca. Imaginate, cómo voy a decir: el problema de mi hijo es que estudia parapsicología y juega con la scalextric. Creo que me echarían de la empresa. Lo último que se le ocurrió es investigar quién fue en su vida anterior.

—Eso no me lo había dicho.

—Empezó hace tres días. Se va a hacer hipnotizar para remontarse a sus vidas anteriores. Además, el otro día hizo ese juego de la copita en el que se supone que hablan los espíritus. La hizo participar a tu madre. La copita empezó a moverse y apareció el nombre de tu abuelo. A tu madre le agarró un ataque de pánico. Tuve que darle un calmante. Uno tendría que tener quince, o treinta y cinco hijos, como los patriarcas de la Biblia, a ver si así la pega con alguno.

—De quince hijos, alguno puede salir abogado.

—Igual me quedan tus hermanas para insistir.

—No las veo.

—No creas. Florencia promete. Lee muchas novelas de Perry Mason. El otro día fue a ver una película de esas de juicios y salió muy entusiasmada. Lástima que tiene ese novio idiota. Si no perdiera tanto tiempo con él podría ser una buena estudiante.

Me llevó a comer a un buen restaurante y pude pedir dos platos, vino, postre y café. Me contó cómo le iba en su nuevo trabajo.

—El único problema es que me pusieron una secretaria que es una belleza y tu madre está convencida de que es mi amante. Yo le digo para tranquilizarla: «Ojalá fuera mi amante. Estaría bailando cancan en la cornisa». El otro día me tiró un plato.

Yo creía que esas cosas pasaban solamente en las películas. Antes solamente había llegado a tirarme un libro. Pero todo se vuelve más peligroso con los años.

Al día siguiente lo acompañé hasta el aeropuerto. Me había tenido que levantar a las siete de la mañana y esperaba que mi padre hubiera notado ese terrible sacrificio, pero a él no le llamó la atención. Durante toda la mañana me estuvo hablando de sus errores como padre y de lo que hubiera tenido que hacer.

—Cuando vos eras chico tu madre me traía los libros de Piaget y trataba de que yo entendiera algo. Ahora le digo que tendría que haber sido un poco más duro. Un poquito, nada más. El otro día, después de discutir con tu hermano, busqué en la biblioteca los libros de Piaget que decían que no había que ser un padre autoritario y todo eso, y los tiré por la ventana.

Bueno, pensaba yo, faltan por lo menos tres meses para que tenga que volver a escucharlo.

Llamaron a embarcar a los pasajeros del vuelo a Córdoba.

—¿Te sobra alguna fotocopia de la grúa?

Abrió el maletín de cuero negro y sacó una hoja. Miré el dibujo. Era hermoso. Me maravillaba que pudiera manejarse con claridad en esos planos, en aquel enjambre de líneas y vectores e índices de resistencia del material o cualquier cosa que fueran aquellas cifras, mientras que cualquier obstáculo real lo ponía en un estado de absoluto desconcierto.

—¿Cuándo nos volvemos a ver? —preguntó, mientras buscaba en sus bolsillos la tarjeta de embarco.

—Para las fiestas voy.

—Como Papá Noel. Sólo para las fiestas.

Me dio un abrazo y un beso y se alejó.

Sentí un gusto amargo en la boca. Me acerqué a un quiosco para comprar un paquete de pastillas de menta. Al meter la mano en el bolsillo de la campera encontré un papel. Era la dirección del tío de Teresa. Hacía varios días que creía, aliviado, que lo había perdido. Había buscado en todas partes (no quería encontrarlo, pero buscaba exhaustivamente igual) menos ahí.

Compré un paquete de pastillas de menta y veinte cospeles de teléfono.

La voz era tan rara que pensé que me estaban haciendo una broma o que me había comunicado con la agencia de doblajes.

Era el tío de Teresa, Rodolfo Carmine.

—No le puedo decir dónde vive porque no lo sé —dijo con una voz más parecida al sonido de una trompeta que a otra voz cualquiera—. Ella es una chica muy especial, hay que sacarle las palabras con tirabuzón. Viene todos los miércoles a verme, para buscar noticias y la plata que le manda mi hermana; que si no fuera por eso, no me visitaría ni una vez en el año. Así que lo que puedo proponerle, si usted es amigo, es que venga a casa el miércoles a las seis.

Estuvo hablando como media hora más. Temí que personalmente fuera peor que por teléfono.

Me asustaba un poco la idea de un encuentro directo, de improvisado, y con el tío delante. Quedaría en claro que yo no era tan amigo como había dicho por teléfono porque ella, probablemente, no se acordaría de mí.

Yo era ése que estuvo en la fiesta de tal, y que te miraba con ojos desorbitados; tendría que decirle algo por el estilo para que me ubicara.

Había algo así como un amigo común, al que pensaba usar, si llegaba la ocasión.

No importa en qué situación uno esté: uno nombra gente, y se arreglan las cosas. Todos nos conocemos de alguna parte, todos tenemos algún familiar o amigo en común, todos descendemos de Adán y Eva.

Lo que más temor me daba era que ella estaba en la categoría «mujer de mis sueños». Y es bueno que las mujeres de los sueños se queden allí, en los sueños. Cuando uno las convoca a la realidad, las cosas no salen como estaban planeadas.

De todas maneras me decidí. Hay algo en mí muy parecido a la valentía.

La inconsciencia.

La casa estaba en una esquina. Había sido, décadas atrás, una casa simple pero hermosa y, por desorden o vanguardismo del arquitecto, estaba llena de ángulos imprevistos, ventanas romboidales, paredes que se abrían en 45 grados. Ahora estaba con el frente derruido, la puerta sin barniz, algún caño a la vista entre el revoque carcomido.

Un hombre vestido con ropas anticuadas me abrió la puerta. Tenía unos cuarenta y cinco años, pero la ropa lo avejentaba. «Rodolfo Carmine», dijo, tendiéndome la mano. Me hizo pasar a una sala en donde había una mesa y un jarrón con jazmines marchitos, que llenaban la habitación de un olor pesado y dulzón, y paredes cubiertas de estantes con libros. En un viejo winco se oía un tango de donde, entre guitarras metálicas, emergía una voz para mí desconocida, a pesar de que a mi padre le gustaba el tango y tenía todos los discos de cantantes de antes del 50 que uno pudiera

imaginar.

Me sirvió un café casi transparente. Los dos pocillos eran desiguales: el mío tenía unos dibujos chinos: un dragón dorado sobre negro.

—Así que usted quiere encontrarse con Teresa. Amigos de Córdoba, seguramente. Yo me vine de la docta casi de pibe, atraído por las bellas letras.

Encendió una pipa. El olor a tabaco desplazó a los jazmines.

—¿A qué se dedica?, si no es indiscreción —preguntó— Déjeme adivinar, que tengo dotes para la intuición. ¿Medicina, tal vez? Le veo cara de futuro galeno. Lo imagino con bisturí y barbijo.

—No, estudio geografía.

—Apasionante. Los ríos torrentosos, la aridez de los desiertos, la geometría apabullante de los paralelos y meridianos que se obstina en cortar el mundo como una naranja.

Siguió hablando durante treinta minutos. Yo miraba impaciente la hora en la pared. Era un cucú. Carmine advirtió mi atención.

—Hermosa máquina, ¿no es cierto? Orgullo de los suizos, como los chocolates. Aunque es un artefacto mecánico, no pierde la calidez de la madera, y añade la sorpresa del pajarito. Patrimonio de familia.

Cuando llevó los pocillos a la cocina, me acerqué a la biblioteca porque algo me había llamado la atención: todos los libros (y serían unos seiscientos) eran iguales. Leí en el lomo el título repetido: *El arpa de alambre de púa*, por Rodolfo Carmine.

Algunos estaban nuevos, otros amarillentos, quemados por el sol, o hinchados por la humedad, o sin tapas, o con el lomo roto.

—Veo que le extraña mi colección —dijo al entrar—. Le voy a regalar uno.

Tomó un libro de la biblioteca y destapó una lapicera.

—¿Su nombre?

—Max. Maximiliano.

«Al geógrafo y cartógrafo Max, de su amigo, Rodolfo Carmine», escribió con tinta roja.

—Tenga, guárdelo. Lo publiqué hace años. Pero un día encontré uno de mis libros en una mesa de oferta. Estaba dedicado a un amigo, que lo había vendido, el muy traidor. Me pareció que tenía como un aire de tristeza el libro, ahí abandonado, mendigando lectores entre obritas pornográficas y manuales de cuarto grado. Entonces lo compré y ahí nomás se me desató una especie de compulsión. Cada vez que encontraba un ejemplar de *El arpa*... lo compraba. Si eran veinte, me traía los veinte a casa, con el voluptuoso interés del coleccionista. ¿Qué le parece?

Su mano señaló los anaqueles de lomos idénticos.

—Es una especie de alegoría sobre la literatura y el arte en general. ¿No lo conmueve la imagen del artista tañendo el arpa y lastimándose los dedos mientras toca? Y sin embargo no deja de tocar. Un joven como usted sería el lector ideal. —Su voz ya no se parecía a una trompeta, sino a la de las siete del Apocalipsis.

Me miraba expectante para que yo dijera algo. Me salvó el timbre.
Era Teresa.

Había estado meses buscándola y ahora venía hacia mí.

Saludó a su tío y me miró sin reconocermelo, por supuesto. Mencioné a aquel amigo común, y entonces aceptó que se acordaba de mí.

Era hermosa. Era lo único que me acordaba de ella y la memoria no me había mentido.

—Me encanta que mi sobrina estudie arquitectura —dijo Carmine—. ¿Sabe lo que dijo el gran Le Corbusier cuando vino a Buenos Aires y le preguntaron qué se necesitaba para reformar la ciudad? Él respondió: dinamita.

Aproveché la mención para inventar una excusa.

—Sabía que estudiabas y quería pedirte algunos datos antes de entrar en la facultad.

—Cómo, ¿usted no estudiaba geografía?

—Quiero cambiarme de facultad —alcancé a inventar.

—Será una pérdida para la geografía —dijo el tío.

—Está bien —dijo ella—, pero vayamos a otra parte.

Saludé a Carmine. Él me alcanzó el libro que me había regalado cuando ya nos estábamos yendo.

Me di cuenta entonces de que estaba caminando solo con Teresa (nada nos interrumpía, no había ningún obstáculo) y que no sabía qué decirle.

Pensé en contarle la verdad, que la había buscado durante meses y todo eso, pero no lo hice. Mantuve mi excusa increíble. Yo ya había dicho la verdad una vez, y se la había dicho a Daniela, y ahora no podía volver a hacerlo. La verdad le pertenecía a Daniela.

Ahora me tocaba mentir.

Quedamos en vernos al día siguiente.

Nos encontramos en una confitería de la avenida Santa Fe, porque a ella le gustaba esa zona. Fue puntual. Tomamos un café y me habló durante una hora de la arquitectura, de los profesores, de los horarios, de los paros que le impedían estudiar.

Como había mantenido esa excusa para verla, no me quedaba más remedio que escuchar.

Era muy raro el contraste entre su cara, tan hermosa, y todo el aburrimiento que emanaba de su persona. No podían coincidir en un mismo cuerpo.

—¿Tenés auto o moto? —me preguntó mientras mirábamos vidrieras.

—Ni auto ni moto.

—Lástima. Una vez tuve un novio que no tenía nada. Era terrible ir en colectivo a

todas partes. Por suerte nos peleamos.

Cada tanto volvía preocupada a la forma en que yo había llegado hasta ella, pero yo desviaba la conversación.

Hablé poco, y siempre para darle la razón en todo. Cuanto más estaba con ella, más quería que volviera Daniela. En el fondo me gustaba estar con Teresa porque si tenía vuelta la cara a un lado, y yo no le miraba más que el pelo, era como estar con Daniela.

Caminamos por Santa Fe, miramos vidrieras, entramos en largas galerías. Me hizo algunas preguntas sobre mí, pero cuando empezaba a contestar, ella me hablaba de otra cosa.

—Nos podemos encontrar algún día de éstos —me dijo al despedirnos.

—A lo mejor nos vemos en la facultad —dije.

Un beso en la mejilla, un papel con una dirección que tiré a los pocos minutos; así terminó mi investigación.

De todas las cosas que había emprendido, aquella búsqueda parecía haber sido la más estúpida, la más absurda, la más insensata.

Pero no lo fue: porque en el camino me había encontrado con Daniela.

Primero se fue Verónica. La encontré frente a mi puerta; había dejado los bultos abajo.

—Me voy a la casa de una amiga —dijo—. Apurate, que quedan pocos días.

—Estoy en eso —mentí.

—¿Adónde te vas a ir?

—Ando buscando. Quedan unos días todavía; no hay tanto apuro. Si uno aprovecha bien el tiempo...

Me dio un beso en la mejilla.

—Es un poco triste irse de acá. Es un buen lugar, aunque los caños estén rotos, ¿no? —me preguntó.

Le contesté que sí con la cabeza. Era algo más que un buen lugar para mí: era el único.

Prometimos volver a encontrarnos. Uno siempre queda en volver a verse con una cantidad de gente a la que después no ve jamás.

Después se fue Marquitos.

—¿Qué estás haciendo con todas las cosas sin guardar? —me preguntó—. En tres días tiran abajo el edificio.

Yo no había empacado nada. Es más, había ordenado la pieza por primera vez en meses. Era algo así como hacer una limpieza general de la casa cinco minutos antes de Pompeya.

—¿Qué vas a hacer? —Marquitos miraba mi actitud serena, casi oriental, con la que tomaba el asunto.

—Mañana voy a buscar una pensión.

—Yo voy a estar en lo de mis viejos un tiempo, mientras busco dónde vivir.

Me anotó en un papel la dirección.

—Si no tenés dónde estar, vení. No es muy cómodo y además mi madre es insoportable, limpia el lugar donde estás sentado, te obliga a andar con patines, pero es mejor que nada.

Se sentó en la cama.

—¿Dejaste de ir a la facultad?

—Sí, no aguanté más —dije—. Me levanté en medio de una clase, y al salir del aula me di cuenta de que no iba a volver.

—Lástima.

—¿Por qué?

Marquitos se encogió de hombros.

—Ahora no tengo nada que hacer en la ciudad.

—¿Vas a volver a Córdoba?

—No. No tengo la menor idea de lo que quiero hacer. Es mejor que piense un poco. Por lo menos, tengo que decidir qué es lo que no quiero hacer.

Me dio un abrazo.

—Estoy seguro de que no vas a conseguir nada antes de que tengas que irte, así que te espero en casa —dijo, y bajó corriendo las escaleras.

Al día siguiente empaqué mis cosas, pero no me decidí a buscar una pensión.

El edificio había quedado solo para mí. Recorrí los pisos, como si fuera el nuevo dueño de una casa lujosa. Había dos departamentos que tenían la cerradura rota, y los investigué como si buscara algo.

Disfruté mucho de esa expedición por el edificio vacío. Tenía algo de barco hundido.

El último día llevé todas mis cosas a la planta baja.

Resolví dejar mi colección de piezas de metal, porque eran demasiado pesadas como para transportarlas. No importaba; en cualquier momento podría empezar a juntar de nuevo.

Después fui a los baños, y tapé con trapos las vías de desagüe de los lavatorios y las bañaderas. Abrí las canillas y dejé correr el agua.

El agua desbordó las viejas bañaderas de losa, atravesó el piso del baño y anegó las maderas oscuras del *parquet*, para filtrar hacia los departamentos inferiores. Varios chorros comenzaron a caer sobre el techo de hierro del ascensor.

Ríos que venían de los diferentes pisos se encontraron en la escalera de mármol, para llegar hasta la planta baja, hasta mis pies.

El edificio era como una gran máquina hidráulica que hubiera comenzado a funcionar mal, a dejarse arrastrar hacia el caos.

Quise cerrar la puerta, pero al hacerlo vi que había una carta detrás de la placa dorada. Miré el destinatario: yo.

Era una carta de Daniela.

Llevé mis cosas hasta un bar y me puse a leer. La carta tenía un tono publicitario. Hablaba de las maravillas de aquella ciudad del sur. Parecía un manifiesto *hippie*.

Me decía que fuera, que intentáramos algo, que total no había nada que perder.

Bueno, me convenció.

La frase «No hay nada que perder» siempre me tienta, aunque sea invariablemente falsa.

Fui a la casa de Marquitos. Le dije que estaría solamente un par de días. Los padres lo trataban como a un hijo pródigo: la madre preparaba comidas complicadas, tratando de evocar gustos de infancia; le hacía postres, lo dejaba dormir hasta tarde. Marquitos se veía terriblemente incómodo, como si lo hubieran confundido con otra

persona y no supiera cómo aclarar el error.

No hay nada peor que convertirse en hijo pródigo. Por eso yo no quería volver a Córdoba. No se puede volver diciendo: bueno, perdí, las cosas no me fueron bien, hagamos de cuenta que nada pasó. Sigo siendo el de antes: el desayuno, por favor.

Saqué el pasaje para un miércoles a la noche.

Antes de partir pasé frente al edificio. Había dos volquetes junto a la puerta. Varios obreros lo estaban desmantelando; arrancaban las cosas que tenían algún valor: canillas, radiadores, puertas, ventanas, bronces.

Miré hacia mi ventana. Un obrero sacó de cuajo el ojo de pez. Después, con una maza, hizo volar las tejas grises en pedazos, que cayeron sobre la calle.

Crucé a la otra vereda, levanté una teja rota y la guardé.

Con mi equipaje al hombro caminé hasta la estación. Faltaban algunas cuadras para llegar cuando empezó a llover. En un quiosco compré una revista de historietas y busqué mi tren. Me senté en el vagón, aunque todavía faltaba media hora para partir. Leí toda la revista. Me sentía raro, como enfermo: a mi alrededor la fuerza de gravedad desaparecía, me quitaba peso, me ahuecaba el cuerpo. Era alguna clase de felicidad.

Pensé en Daniela. No sabía si me esperaba o no. O si se había arrepentido de invitarme.

Me alejaba de los viejos errores, o lo que fueran, e iba hacia los nuevos. Y saber eso era todo lo que necesitaba.

El tren se puso en marcha.



PABLO DE SANTIS. Nació en Buenos Aires en 1963. Ha sido guionista y jefe de redacción de la revista argentina *Fierro* y ha trabajado como guionista y escritor de textos para programas de televisión. Su primera novela *El palacio de la noche* apareció en 1987 a la que le siguieron *Desde el ojo del pez*, *La sombra del dinosaurio*, *Pesadilla para hackers*, *El último espía*, *Lucas Lenz* y *el Museo del Universo*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Las plantas carnívoras* y *Páginas mezcladas*, obras en su mayoría destinadas a adolescentes.

Su novela *El enigma de París* fue ganadora del Premio Iberoamericano Planeta-Casa de América de Narrativa 2007.